Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXI — San José, Costa Rica — 1930 — Sábado 23 de Agosto — Núm. 8

Año XI. No. 504

SUMARIO

Papini no quiere pensar

A propósito de su Vida de San Agustín

=Traducido del Suplemento Dominical Bibliográfico del diario *Herald-Tribune*, de Nueva York, para *Repertorio Americano*=

En la biografía que Papini ha escrito para conmemorar los mil quinientos años de San Agustín, los protagonistas son dos: Uno de ellos, era natural, el Santo; el otro es Pápini. Sin intención sacrílega ninguna de mi parte he llegado a la conclusión de que de los dos el más interesante, en la perspectiva de este volumen, desde luego, es Papini.

En cualquiera otra perspectiva Agustín Aurelio probablemente recobre la ventaja. Vivió, por así decirlo, entre dos aguas: Entre la edad pagana que tocaba a su fin y la era cristiana que estaba en pañales. La transformación de la mentalidad occidental durante ese período—y hasta cierto punto en su persona—es una de las más portentosas en la historia de la humanidad. ¿Cómo expresarla en una frase? San Agustín, en cuanto tiene de figura histórica, representa el nacimiento del hombre moderno, concebido por la idea cristiana, como una individualidad moralmente valiosa, y quizás también como una individualidad jurídica, en negación de todos los antiguos conceptos del individuo, ora patriarcal, ora mágico, ora práctico. San Agustín, en virtud de ese concepto moderno, es quizás la *ultima Thule* de la comprensión espontánea. Más allá de él, dilatándose hacia el pasado en la penumbra de la historia, extiéndese el gran caos pagano que nos es dable entender—e imperfectamente—sólo mediante un sostenido y paciente esfuerzo de cultura. Lo expresaré de esta manera: El abismo que media entre San Agustín y Julio César es mayor, por un número razones muy esenciales, que el abismo que separa—lo diré—a San Agustín y Papini.

De ahí surge un grande e importante problema histórico: Recobrar en sus detalles la transformación de la mentalidad pagana en mentalidad moderna: Hacer verosímil y razonable una figura como San Agustín, no en comparación con Papini sino que en comparación con Julio César.

No diré que Papini no haya percibido el problema, y, en parte, el método para resolverlo. Arroja más de una brillante luz—pero de paso—sobre el torbellino de ideas en que se desenvuelve la vida romana hacia fines del siglo cuarto de nuestra era; y con su admirable manera de describir nos da de cuando en vez la ilusión de revivir aquellos días lejanos. Pero sólo son destellos. Lo que Papini no ha sentido es *la importancia* del problema. En vez de estudiar la transformación en hombre moderno del hombre antiguo, Papini moderniza sugiriendo sutilmente que fué la de San Agustín una carrera típica moderna, rica en puntos recomendables como modelos para los hombres de hoy. Y ello, por piadoso que sea, es a las claras babosada.



Papini

En primer lugar, concedamos que San Agustín encarna uno o más de los grandes conceptos modernos *en su punto de origen:* Quince siglos de pensamiento y de experiencia modernos, esto es, no paganos, han revisado, y no en vano, esos conceptos. Recomendarle al hombre de hoy el «sistema» de religión y de moralidad de San Agustín es exactamente análogo a recomendarle al Observatorio Wilson el telescopio de Galileo y a Lindbergh el compás de Flavio Gioia. ¿Qué significan, en último análisis, estas analogías modernizantes? Prueban, cuando más, que Agustín Aurelio y Giovanni Papini tienen en común ciertas estupideces, Agustín con una excusa histórica que lo exonera, Papini sin excusa ninguna. Peor aún: Sea cual fuere la situación, el carácter de San Agustín es irredimible en los términos morales conocidos por el hombre moderno. El abandono de una querida en interés de un casamiento ventajoso, aunque recomendado por otro santo, no es cosa de la que rediman cuarenta años de cantar aleluyas. Y cuando se ha compartido una opinión y se ha luchado por ella, aún cuando sea esa opinión una herejía, y después se cambia de modo de pensar, quien se convierte en delator de los antiguos camaradas se rebaja no sólo ante las exigencias de la moralidad posterior a la Reforma sino que también ante las exigencias de la moralidad caballeresca del feudalismo.

Pero el error en esto, como en todo caso en que se trata de la interpretación ética de la historia (interpretación que nada tiene que ver con la Ética), no estriba tanto en decidir como en hacer surgir el punto. La conducta personal de Agustín no es revisable por la posteridad excepto en virtud del gran principio metódico de la historia que dice que *saberlo todo*

es perdonarlo todo (a lo que sería bueno añadir, y *olvidarlo todo*). Es evidente que la conducta de Agustín, aprobada por los santos de aquellos días, tenía su justificación. Pero esa justificación estriba en aquellas sorprendentes sobrevivencias del espíritu pagano dentro del espíritu cristiano: En la vida, en otras palabras, tal y cual se le presentaba a él, hombre de su época, desgarrado por conflictos de una novedad envuelta en aurorales neblinas y de una antigüedad sobrepujada intelectual pero no emotivamente.

Pero (¡casi lo olvidaba!) Papini también es historia (¡e historia de la pre-guerra!), y su *Vida de San Agustín* es historia también. En vez de juzgar, pues, tratemos de comprender.

Las *conversiones* literarias al cristianismo no son cosa nueva en el mundo latino contemporáneo, especialmente entre los hombres nacidos después del 1900. Son cosa tan vieja y tan gastada y tan vulgar que lo que admira más bien es que hombre de la sin par originalidad de Papini haya tomado camino tan plebeyo hacia la felicidad. Hubiera sido de veras interesante que él, italiano, se hubiera convertido en cuáquero, en budista, en mahometano. Pero puesto que ha hecho lo que ha hecho, no le queda más al historiador que indicar la precisa individualidad de su *conversión* comparada y contrastada con otras conversiones literarias.

En Italia podemos decir que fué Fogazzaro quien fijó la norma, habiendo descubierto que la sensualidad nunca es tan picante como cuando se la sirve en salsa de religión. En Francia la misma norma rige, pero con mucho más refinamiento. Allí los literatos descubrieron que lo misterioso de la vida sentimental y sensual gana importancia y dignidad cuando se le identifica con el Pecado Original y se le exalta como satanismo o como neomaniqueísmo. Pero aún en esto Papini es, hasta cierto punto, original, y, debo decirlo puesto que por implicación puede parecer que lo he puesto en duda, Papini es sincero. Papini es un poeta dotado, como por una hada malévola, de un órgano de cerebración. Su espíritu anhela con dolor alcanzar un campo superior—alma región—pacífico y sereno donde poder contar con estabilidad y certidumbre y donde poder entregarse a la corriente de dulzura poética que parece siempre a punto de ahogarle. A esa corriente Papini se mete pero no se entrega: Se pone a pensar: No puede huir del pensamiento: Es en él una arrolladora e indomable concupiscencia del intelecto que le hace ir con ojos de chivo tras de toda hija disoluta de Nuestra Señora Filosofía que pase provocativa por las aceras mentales. Aún ahora que está en los abrazos de «su última» Verdad—la más reciente y la más exigente de sus amantes—es posible sorprenderlo en esta biografía echándole miradas furtivas al callejón de candiles colorados del freudismo.

El punto es que a Papini este *libido* del pensar se le presenta sólo como pecado. Lo que le ha traído hacia San Agustín es el éxito con que éste logró la santidad después de mucho divagar contra las tentaciones de este y de aquel y del otro error. Mientras tanto, Papini percibe una verdad que atestiguan todas las grandes autoridades. Fué Jesús quien comparó la mentalidad ideal del cristiano con la de un niño. Pascal comparó el triunfo cristiano sobre el pensamiento con la estolidez de una bestia. Y Giordano Bruno proclamó groseramente—hereje que era—que la inspiración divina no llenaba cabeza que no estuviese de antemano vacía. Tal es la santidad a que Papini ahora devota y tercamente aspira. Al pensamiento y a los métodos del pensamiento los repele con un desdeñoso *vade retro*. Su esfuerzo para dejar de ser inteligente—para llegar a ser *no inteligente*—admira a fuerza de ser ingenioso. Hace pensar en un santo hindú sentado hieráticamente a la vera de un camino, con las canillas cruzadas tan cruzadas que los pies le rozan las orejas. Y el vacío que Papini se ha hecho en la zumbadora máquina de pensar que posee lo llena con piadosas *platitudes* de sacristía, con perogrulladas como flores de papel que entremezcla con los bouquets que los místicos verdaderos, dueños de la Verdad, dieron al mundo. Sufre una especie de autohipnosis.

Es de dudarse que tal estado mental conduzca a grandes obras de ciencia histórica o biográfica. Pero es muy interesante como luz que ilumina el más reciente de los experimentos de Papini. El brillo de uno que otro párrafo de esta *Vida de San Agustín* delata que, a pesar del desdén en que Papini tiene al pensamiento, no ha alcanzado aún el estado de brutalidad que requiere la santidad que nos predica. Le queda largo trecho que andar. ¿Lo recorrerá en su anunciada *Vida de la Virgen?*

Universidad de Columbia.
Nueva York. 1930.

(Envío de *S. de la Selva*)

Risquera vana

=Del libro Mariano Latorre: *Sus mejores cuentos*. NASCIMENTO. Santiago. Chile.=

El bandido atravesó despacio el puentecillo encaramado sobre la corriente sonora del Maule sin que su aspecto distraído denunciase la angustia que hormigueaba en su cuerpo y lo hacía apretar sus pantorrillas a los ijares del caballo para no clavar las espuelas y escapar desatinado.

Sus ojillos azules miraban recelosos hacia el cuadrado barracón que manchaba la base de la montaña con sus techos verdinosos de musgo, percibiendo los detalles con una fijeza dolorosa. Un gigantesco nogal destacaba sobre el negruzco amontonamiento de casuchas la fresca exuberancia de su follaje: bajo su copa dormitaba una carreta de altas ruedas, apoyada en el lustroso pértigo de luma. Cuando el pingo hundió las patas en la suavidad esponjosa de la tierra deshecha, se empinó sobresaltado en los estribos al no oír las pisadas huecas de los cascos en los tablones del puente. Este era el momento que acobardaba a Nicomedes: al entregar los diez centavos del derecho de pontaje temía que su sobresalto lo delatara. ¿Tendrían ya noticias de la escapada de los reos de la penitenciaría de Talca en Curillinqui? En realidad, ponerse en la misma boca del lobo era una hazaña de que Nicomedes se alababa. Había preferido tomar este camino que en su mocedad recorrió de arriero de un negociante de animales, camino solitario y peligroso, pero en el cual no corría el riesgo de encontrarse a cada instante con los interminables rebaños que bajan o suben a los cajones de la altura; y, por consiguiente, con los soldados del resguardo de cordillera que, como el polvo del camino, merodean al rededor de los arrieros. Recordaba aquel tiempo con increíble precisión de detalles. Curillinqui no había cambiado gran cosa; la misma casa y el mismo nogal, y sobre ella, levantando sus rojizas protuberancias, veteadas de nieve, cubría el cielo purísimo el coloso andino, la sierra muda e inhospitalaria.

Al pie de la montaña, arraigados en las grietas de las piedras, enfilaban regularmente sus copas cónicas y obscuras los cipreses, y lamiendo la base granítica de las colinas, se deslizaba el río en bulliciosa carrera hacia el valle central.

Todo pasó sencillamente, sin que los ojos inmóviles del posadero revelasen la menor desconfianza; al contrario, sus gruesos labios se entreabrieron afablemente al preguntar, pasando la vuelta al mozo:

—¿Y pa onde bueno su mercé?

—P'al puesto de On Nicasio Lillo, en el cajón de Bahamondes: le llevo un recao al puestero.

La parte más difícil de la fuga creíala Nicomedes ya salvada. Al volver grupas, y salir del cercado de ramas secas que rodeaba al caserón, invadió su cuerpo una alegría insensata que le hizo clavar las espuelas al pingo flacucho y paciente que le facilitó un antiguo camarada, en las Garzas; pero tuvo un nuevo sobresalto al pasar frente al barracón, donde estaba instalado el resguardo. Un soldado limpiaba su rifle en la puerta; y el cañón del arma brillaba al sol con vivas reverberaciones. Apretó los dientes hasta hacerse daño, para calmar el temblor miedoso que aflojaba sus miembros. Al perder de vista, tras un recodo del camino, el amontonamiento de barracas de Curillinqui, casi una aldea de la sierra, desahogóse en un suspiro de alivio su corazón acongojado. Creíase libre, pero comenzaba sin embargo, la parte más ruda de su éxodo. Un poco más allá, después de la última casita de la altura, seguía el lento ascender hacia las cumbres, faldeando la sierra en cuyos flancos de piedra nacen las rachas indómitas del puelche, hijo del sol y de la nieve.

El ansia gozosa de verse libre de los hombres, le ocultaba por el momento los peligros; pero al estrecharse el sendero que en la proximidad de las casas era amplio y fácil como una carretera, el problema se presentaba con fatal incertidumbre. Más arriba, debía buscarse él mismo el sendero más fácil y menos peligroso. Para un hombre de la sierra que conoce la cordillera, como un inquilino los rincones de la hacienda, el camino no tenía dificultades. Para Nicomedes, aquello era tan odioso como las paredes húmedas de la cárcel o el grillete orinoso de los penados: era sencillamente superior a su voluntad y a sus fuerzas físicas, a pesar de que bajo la manta de Castilla se dibujasen rectas y poderosas sus firmes espaldas de criollo. Su vida perezosa de tenorio de arrabal, pegada al mesón de las cantinas, en

plática agradable ante los naipes y el cigarrillo barato, había impreso en su sangre un sello de indolencia corrompida. Aquel vivir tenía que arrastrarlo fatalmente por un mal camino, aunque sus instintos fuesen como los de todos los criollos, buenos y sencillos. Había llegado de un campo, vecino a Talca, a hacer su servicio militar en la ciudad; y lentamente la vida urbana, con sus cantinas llamativas espolvoreó de vicio la áspera rusticidad de sus costumbres. Concluído el servicio se quedó en el pueblo. Empeñó las botas y compróse un pantalón bombacho de diablo fuerte: con esto adquirió su facha peculiar de petrimetre del bajo pueblo, especie de chulo andaluz degenerado, unióse con una hembra cualquiera a expensas de la cual comenzó a vivir y al cabo de algún tiempo no quedaban rastros del antiguo campesino ni en su jerga de vago. Poco a poco su simplicidad bonachona se cambió en la más inquinosa hipocresía. Comenzó a odiar a sus camaradas, tomóle apego bestial a las peleas y a las riñas de gallos y los triunfos que su cuerpo sano obtuvo entre sus camaradas de vicio, lo rodearon de un prestigio de matón que ostentaba antipáticamente en todas partes.

Era guapo el mozo sin embargo! Alto, fornido, de movimientos reposados, llenos de latente vitalidad. En su cabeza de aguda nariz aguileña, brillaban sin doblez unos ojos celestes inexpresivos, tranquilos, y como un coronamiento de su fuerza, enmarañábase sobre su estrecha frente una masa encrespada de color terroso que formaba exageradas hinchazones bajo las tiesas alas de su sombrero de seductor de barrio.

Y en cuanto a su ternura varonil, más de alguna muchacha escapada de la casa de un prohombre talquino, pudo dar fe de lo que era Nicomedes Román. Su pasado estaba muerto: no volvería al campo tranquilo y solitario, a la choza sucia de la orilla del estero, junto al padre callado e indiferente, junto a la vieja de mal genio que no paraba de hablar mientras revolvía las cacerolas, lavaba las ropas o pelaba las papas para la cazuela cuotidiana. Su vida era una vida de lance: vida de perro de presa, instintiva, cruel, vida de lucha en que había que gruñir y mostrar los dientes para alejar al enemigo que llegaba a disputarle la hembra o la ganancia del monte, base económica de su vida de vagabundo. Las borracheras y trasnochadas habían vuelto irritable su pachorra de rústico, y por *un quitate d'iai, om*, reñía con el primero que miraba a su moza, o le dirijía una palabra burlona. Así, ni él mismo supo cómo sucedió aquello. Un muchacho empleado en la estación, rondaba a su moza, le dirigía pullas envidiándole su fortuna y cuando le ganaba sus chauchas con insoportable buena suerte, le cantaba al oído el refrán: «afortunado en el juego, desgraciado en amores», con un tonillo que lo sacaba de quicio. En el fondo, no le importaba gran cosa la querida. Las bromas del muchacho herían más bien su irritabilidad de hombre descontentadizo, el que se opusiese un obstáculo a su vida indolente y el que la audacia del joven hiciese sonreír a los demás. Esa noche, en un bar de arrabal, un malhumor negro lo hacía apretar los dientes y fruncir el ceño: bebía del enorme potrillo, de rayado cristal, donde se zangoloteaba un líquido morado, con una sed loca y rabiosa. Le molestaba la alegría del carrilano bailando y tamboreando sin cansancio, presa de una embriagante actividad. Aquella locura parecíale un insulto y una provocación: había hecho sentarse a su lado a la muchacha que mordisqueaba su pañuelo, roja la cara alcoholizada y aviesos los fríos ojos de ramera.

Al acercarse el gañán al rincón donde jugaba; y al pedirle la china *pa una vuelta*, con actitud al mismo tiempo zumbona e inocente, le golpeó la cara hipócrita con violenta furia. Formóse el coro de reglamento y el duelo comenzó. Pegábanse fríamente, sin apresurarse, pero la rabia contenida, la rivalidad latente entre ambos asomábase a sus ojos de una fijeza de acero. El muchacho atacó con increíble empuje y su mano cuadrada de gañán, hizo vacilar al hombrón que retrocedió hasta tropezar con las mesas de la cantina. Esto lo exasperó: su frialdad cambióse en fuego ardiente que quemaba sus ojos. Sacó de la faja con ágil destreza el corvo diminuto, cuya punta disimulaba bajo el enorme índice; y rápido y seguro rebanó el vientre del carrilano que pesadamente se desplomó, sujetándose la herida con las manos crispadas. Después sintióse calmado, tranquilo; y tranquilo y calmado se entregó al sargento del retén que lo llevó a la cárcel. Sin embargo, esto era como una bruma en su vida. No le remordía el pasado, ni tenía un recuerdo para las personas con quienes vivió en contacto. Sentía correr su sangre y el ímpetu de vivir lo impulsaba: había que salvarse cuando la vida peligraba, matar si era preciso, pero había que vivir; para eso se tienen anchas espaldas y poderosa salud. Este mismo pensamiento lo impulsó a fugarse de la penitenciaría, aprovechando una sublevación, y subir a la sierra en busca de las estancias de la pampa, donde a un chileno no le faltaría trabajo en la próxima cosecha del trigo. A medida que avanzaba, reconocía el camino con ese instinto maravilloso del hombre de campo. El sendero corría como un arroyuelo caracoleante al pie de un murallón de enorme base, alfombrado hasta la cumbre de retorcidos michayes verde-obscuros: detrás cantaba el Melado que nace de los ventisqueros de un volcán, cuyo cono nevado se levanta por encima de aquel mar de cumbres y desagua en el Maule su caudal puro y espumante. Allí las cumbres se amontonan pegándose unas en la espalda de las otras; y uniéndose irregularmente entre sí como las nubes de un movible cielo de tormenta, y el río se retuerce en el fondo del precipicio, con ruido sordo y lejano. Pasados aquellos voladeros famosos donde han caído muchos animales y jinetes, la sierra parece abrirse, dejando entre los montones de rojo granito vegas amplias que cubre el verde terciopelo de los pastales. Por lo común un arroyo que nace de un planchón de nieve adormecido en la quebrada, baja la montaña en murmuradora carrera, atraviesa el cajón y va posiblemente a otro lugar más bajo, en desesperada fuga hacia la quietud, hacia los terrenos llanos.

Nicomedes, en cambio, subía y subía desesperadamente; y en su afán de respirar con libertad, sin temores, se imaginaba en el desierto armonioso de las cumbres, que el hombre, el enemigo, estaba lejos, muy lejos, en lugares donde él no llegaría nunca. Pasada esa etapa peligrosa, recordaba los cuatro ranchos del puestero o capataz de don Nicasio, donde había alojado hacía diez años, siendo un muchacho. Ahora lo aguijoneaban el apetito y el calor del mediodía. Bajóse del caballo al comenzar la cuesta, a pleno rayo del sol; y mordió ávidamente el charqui duro que llevaba en el bolsillo, masticándolo con furor. Volvió a invadirlo una negra incertidumbre: aquello era superior a sus fuerzas. Hasta echaba de menos la húmeda quietud del calabozo donde, mal que mal, se comía, sin hacer absolutamente nada; calmóse y sintió deliciosa frescura al beber el agua de un arroyo que saltaba ruidoso por entre peñas angulosas; y llevando el caballo de la rienda atravesó con grandes precauciones el séndero, pegado a la falda de la montaña. La cinta blanca del camino, abierta en la roca caliza, se perdía al adelantarse hacia el río un espolón de granito; y reaparecía luego, culebreando en monótona curvatura. La soledad sin pájaros del mediodía estaba llena del borboteo del agua espumosa. El hombre agachado, temeroso, arrastrando el caballejo paciente, subía y bajaba, ansioso de librarse pronto de aquel abismo cuajado de árboles, camino del agua triunfadora.

A la una del día, sudoroso y hambriento, llegó al grupo de ranchos cuyos techos de totora cenicienta bañaba de verde sombra la copa dormilona de un sauce llorón. Bajo aquel ángulo diedro de viejo carrizo, donde picotean semillas secas diucas y jilgueros, adivinábase grato frescor de cueva. El bandido había recobrado su aspecto cazurro; y su voz era débil, como para infundir compasión, al preguntar a una vieja enteca, de ojos vivísimos, pegados los blancos mechones a las sienes, que hacía girar la rueca en medio de la ramada, torciendo diestramente la hebra en sus dedos temblorosos.

—¿Hay posá pa unos días, pa un hombre enfermo?

En ese momento en la puerta de la casucha frontera apareció la figura cenceña y nervuda de una moza morena, que miraba curiosamente al recién llegado. Como ratoncillos miedosos asomaban por la parte trasera del rancho su cabezuela desgreñada dos chicos harapientos abrazando, en fraternal camaradería, un corderillo blanco.

La vieja había dejado su rueca y se acercaba a la vara lustrosa que como un barandal separaba la ramada que servía de cocina y comedor, del trozo de tierra apisonada que era como una prolongación del camino. Al otro lado, dos ranchos de barro y totora, primitivos y sucios como rucas de indios, levantaban pesadamente sus paredes torcidas.

—Apéese, y tome asiento su mercé. ¿Pa onde bueno tan temprano?

—Pa l'Argentina, a comprar animales. ¿Toavía ésta es posesión de On Nicasio Lillo?

—Toavía; m'hijo es el capataz de on Nicasio: puallá poirá contrarse con él; anda comprando novillos p'al patrón.

Sentóse Nicomedes en el duro banco, pegado a una especie de mesa que llenaba toda la ramada; y con indecible placer, con infinito regalo, alargaba sus piernas cansadas por la caminata. La moza se había acercado; y con cierta sequedad que quería hacer amable, casi sonriente, le había dado las buenas tardes, preguntándole:

—¿Viene enfermo su mercé, no será un fiebre?

—No, señorita; un mal de vientre; una cosa que no me deja comer; y me dan ganas de echar las tripas por la boca.

Sonrióse el mozo; ella también se sonrió, mirándolo ahora con sus ojos fríos, pero sanos y francos.

—Lo habrá desconocío el agua, maire.

La vieja, sin mirar, liaba un pitillo de hoja; y decía por lo bajo, como contestándose ella misma:

—Frialdá de vientre, se puee quitar con una bebía e maqui. Allí en el soberao hay maqui seco, Florinda.

Salió la moza, en la mano un jarrito descascarillado, dispuesta a ser amable con el forastero. Al atravesar apresurada el camino de la ramada al rancho, sus pasos se alargaron en un ridículo trote de caricatura. La vida entre aquellas faldas que parecen precipitarse en fuga vertiginosa hacia las partes llanas, había impreso a su andar seguro de moza robusta una actitud de eterno ascenso.

Nicomedes paseaba sus ojillos azules por el pequeño recinto encerrado entre cerros; y una suavidad cariñosa, como si se sintiese libre de insoportables ligaduras, envolvía su cuerpo macerado. Comenzaba la siesta serrana: una paz luminosa se adormecía sobre los picos rojizos; el cielo, de amable transparencia, azuleaba quieto y hermoso por encima de las cumbres, el río cantaba su abrupta canción entre las piedras del lecho y el corderillo balaba entre los brazos morenos de los muchachos, con balido dulce y prolongado.

II

El bandido sintióse a sus anchas en el rancho. La vida tranquila, abundantemente nutrida, hacía renacer poco a poco sus fuerzas. Hinchábanse de grasa sus carrillos tostados y resplandecían de salud sus ojillos de peuco. Sin saber por qué imaginábase completamente libre en la choza, no ignorando que a tres horas de camino estaba el resguardo de cordillera; pero esto no lo inquietaba. Seguramente no sería él de los más perseguidos, puesto que su crimen había sido una riña, como las hay a millares en las cantinas. Su vida oscura y vagabunda nada tuvo que ver con la policía. La traicionera puñalada era para su moral de matón, la pena que merecía la audacia del carrilano, y como último recurso, conservaba bien guardado su título de cabo en la cartera interior de su chaquetilla, título que era su orgullo y su gloria. Habíale crecido la barba, vigorosa y espesa, de un color de estopa; y su improvisado traje cuidábalo con una pulcritud de petimetre. Todos los días limpiaba sus alargados zapatos de chulo, y todos los días se anudaba al cuello su pañuelo de seda desteñido por el uso, haciendo prodigios de ingenio para presentarlo por el lado más limpio y ataba a su robusto tronco, con pliegues innumerables, la banda roja de nuestros rotos. Su vida anterior renacía en medio de la sierra como la simiente de las yerbas al beso del sol, después de haber dormido bajo un manto de nieve. ¡Qué agradablemente llegaba para él la hora del mediodía, con las sabrosas presas de la cazuela chilena, cuyo caldo espeso espolvoreaba de ají la mano morena de la Florinda. Sacaba chorreando de líquido sustancioso y humeante la cuchara de hojalata y chupaba insaciable la pulpa rosada del trutro o la carne harinosa de la pechuga. Bien veía Nicomedes que la moza lo miraba con buenos ojos; y él esperaba sacar el provecho conveniente de esta afición. La muchacha y los pequeños eran su apoyo en contra de la anciana en cuyos ojos, de agudo mirar, palpitaba una desconfianza rencorosa. Mientras el hombre anduviese en la pampa, Nicomedes sentaría sus reales en el rancho; después, para el pago de su comida y del talaje del animal, Dios diría. Perezosamente resistíase a pensar en esto; y si un asomo de peligro vislumbraba en la bruma de su naturaleza instintiva, hacía un gesto indolente, mezcla de desprecio y asco infinitos, diciendo:

—Salvando el pellejo...

Llevaba una vida animal. Comía hasta hartarse y luego, ahito, iba a tenderse bajo la sombra de un guindo, acribillado de frutas oscuras como sangre coagulada, que caían sobre él con suave golpe, a cada ráfaga de viento. A veces, si su pereza se lo permitía, alargaba la mano y tragaba guindas con incansable voracidad hasta que un sueño espeso, tenaz, lo hacía roncar ruidosamente. Por entre el verdor movedizo del árbol cabrilleaban rayolas de sol, que de cuando en cuando jugueteaban en la barba de Nicomedes; la canción del agua, uniforme y potente, llenaba la quietud cristalina del aire montañés, y detrás de la choza, fulgurantes, inquietos, heridos con la flecha divina, los ojos de Florinda se enternecían hasta la humedad, ante el robusto corpachón de Nicomedes sesteando a la sombra del guindo. Una inquietud desesperante mordía la carne de la muchacha: extraña laxitud inmovilizaba sus miembros duros y morenos, musculosos como los de un muchacho robusto, al bajar al río con su atado de ropa y su lustrosa paleta de lavandera. Quedábase helada, llenos de fuego los ojos, mirando las zabullidas acrobáticas de las corrientes, pequeños patos que resisten con extraño placer el explosar de las espumas desbordadas. Tenía que detenerse veinte veces en el sendero empinado que bajaba al río, presa de un extraño cansancio; y entonces, con histérica exaltación, apretábase su naciente seno de virgen y cubría con una inmensa caricia de amor, la montaña salvaje, el río sonoro y el cielo impasible. Y no venía la calma realmente sino cuando, so pretexto de colgar la ropa al sol, entraba al pequeño huerto de frutales, donde el mozo dormía la siesta; y enhebraba el palique, sintiéndose alegre y contento con los dicharachos de Nicomedes. Había largos instantes de silencio, silencio grave de la altura en el que sentía latir su corazón montaraz de invencible deseo, sin encontrar en los ojos del guaina ese tibio fulgor de correspondencia.

Vivía la sierra con vida imponente y majestuosa: graves y solemnes, levantaban las cumbres al cielo sus conos que la nieve suavizaba y de las quiebras y hendeduras de sus laderas bajaban hirviendo hacia el lecho del río, un millón de arroyos cristalinos. Cantaba la sierra su canción sin término, bajo la augusta y enorme plenitud de los cielos. Acá abajo, rojeaban las guindas y palpitaban los cuerpos de deseo.

—Mire, Florinda, mire ese pollo rabón que nos mira asustado. Nos cree novios.

La moza sonreía con infinita dicha y sin mirar a Nicomedes, sin hallar qué hacer con sus manos curtidas de trabajadora, observaba sentenciosamente:

—Es que debe haber visto una culebra.

III

Desde hacía algunos días notaba Nicomedes en los ojos de la vieja un rencor sin disimulo. En sus ojillos turbios y desconfiados palpitaba un odio animal, acometivo. Ya no era un misterio para ella la actitud del bandido, desvergonzado y flojo, veía alejarse las monedas del hospedaje; y una rabia vengativa, que la soledad de la montaña arrinconaba en el pecho como un murciélago, la volvía de un genio endiablado. Esperaba todos los días impaciente que llegara algún pastor de Don Nicasio en busca de provisiones, para mandarle un recado al marido sobre este intruso que había tomado posesión de la vivienda y no había modo de alejar. Se daba cuenta claramente la vieja de la predilección de la muchacha, desviviéndose por servir al ajuerano, que recibía estos halagos con la naturalidad, sin agradecimientos, de un marido. Veíala quemarse los dedos, en las noches, al sacar las doradas tortillas del montón de cenizas y cebar cuidadosa el viejo mate de calabaza que alargaba a Nicomedes con una sonrisa satisfecha y pedigüeña.

¡Ah! viejecita de la sierra, de arrugadas carnes y ojos helados, bien haces en defender tus ganancias y el pan escaso de tus días serranos; bien haces en prevenir a la moza inexperta que siente arder su sangre al contacto de unas palabras más dulces que los cóguiles almibarados de las cañadas; pero ya es inútil: el sol ha derretido la nieve del ventisquero y por las hondonadas y las quiebras, por los abismos y los peñascales, se desborda el agua juguetona, exaltada en santa desesperación, llevando en su seno semilla de vida fecunda y eterna.

Florinda ya no disimulaba su cariño. A las observaciones secas y duras de la anciana, había opuesto una murria obstinada y hostil. Dejaba que su madre hablase a borbotones de la «sinvergüenzura» del mozo, de su terrible voracidad y de su risita engañadora. En las noches, al tenderse en su camastro, en el interior del rancho enhollinado, la voz aguda de la vieja, con rara locuacidad, esgrimía aquella arma de crítica que terminaba siempre en una frase balbuceante y apenas perceptible:

—Vos no sabis qu'ese ajuerano es treicionero como cernícalo.

Cada palabra caía en el corazón de la moza como una gota de nieve, implacablemente destructora. Se revolvía desesperada en las sábanas burdas del lecho, y cerraba los ojos para ahuyentar la voz maléfica que amargaba su dicha apagando esa luz maravillosa que la hacía languidecer como en un espasmo, al acariciar con sus ojos el cuerpo varonil y fornido de Nicomedes Román; pero en el interior, se había cuajado, con ciego determinismo, su verdadera decisión: quería al joven y no habría fuerza humana que la separara de él. Su rancho, las ropas que lavaba todos los días, las pláticas interminables al calor de la fogata en las silenciosas noches cordilleranas, sus hermanillos, su misma madre, buena a pesar de su avaricia, todo eso eran lazos de los cuales nunca se hubiera desprendido, era carne de su carne, sangre de su sangre; y el solo pensamiento de separarse de ellos, de cambiar de vida, aunque fuera vida más holgada y agradable, la hubiera muerto de pena; pero ahora nacía en ella un alma desconocida, generosa, abnegada, llena de bondadosa indulgencia; nacía el amor en su carne endurecida por las privaciones como el rojo resplandor de las amapolas en la falda de las montañas al llegar la primavera. Y en el fondo de este aturdimiento, como una rosa de rubor, púdica y sensual, formulábase la gran pegunta:

—¿Cuándo me dirá que me quiere?—Y a pesar de la madre, del rancho, de sus hermanillos, la sangre contestaba victoriosa, inundando de una oleada de vida las mejillas cetrinas de la muchacha. ¡Vete con él, vete con él, tontona!

Y con él se fue la moza una mañana de febrero. Casi no supo cómo había aceptado. Un día, a la orilla del río, mientras apaleaba la ropa y a fuerza de golpes quería como apagar su pena, confió a Nicomedes el secreto de su pesar, la necesidad que tenía de irse porque un inquilino de don Nicasio había traído la nueva que su hermano llegaría al «Médano» en algunos días más. Lo habían encontrado en el «Cajón del Guanaco» con un piño de va-

cas; y para un «baqueano» de la sierra aquel era un viaje rápido. No hacía alusión ninguna a su amor, trataba como de advertirle generosamente que debía ponerse en guardia y alejarse en otra dirección. Su hermano era un hombre rudo que no perdonaba deudas de dinero y él, en medio de la montaña, corría peligro.

Y cuando Nicomedes, friamente, sin cariño, por prolongar el mentiroso engaño hasta el último instante, habló humildemente—¡Yo me hubiera ío ya, si no hubiera sío porque la quería!—el recio golpe de la paleta sobre la ropa rezumando lavaza se detuvo, y la voz de la sierra, voz de silencio salpicada de espumas sonoras, preponderó como un cántico de vida.

IV

Florinda no olvidó nada para su viaje de novia. Febrilmente hizo las provisiones para varios días, observando recelosa a la vieja que, como de costumbre, rumiaba destempladamente amenazas e insultos. En silencio ensillaron los caballos cuando el primer claror del alba despertó la sierra de su sueño pesado y solemne y se pusieron en marcha sin contratiempos. Al bajar al fondo del cajón la primera luz del sol doró con su tibia y medrosa caricia el mar de cumbres moradas. Con el sol pareció también despertar la sierra helada, y para su corazón palpitante de amor como el pecho de una tórtola miedosa fué algo más la sierra, que el mudo oleaje de puntas bermejas, bañadas de sol. Sonaban más las aguas rodando desatentadas por los altibajos de los faldeos; los quillayes sombreaban los altiplanos, saledizos balcones de granito, inclinados sobre el abismo sonoro del río; con su nota de espesa negrura, el cielo impasible, inundado por la neblina dorada del sol naciente, envolvía la sierra con quietud apacible y deliciosa. Los caballos tranqueaban por los pedregosos senderos con esa activa seguridad de los caballos serranos. Nicomedes soltaba a menudo las riendas para restregarse las manos heladas que debía coger sobre la marcha a una advertencia de Florinda. Mudo, encogido, apretando los dientes, miraba con odio la frescura penetrante del aire, que, en la calma de la mañana, parecía una inmensa cúpula de cristal que aislara la sierra del viento furioso. La moza, en cambio, habituada a aquella vida áspera iba perfectamente serena. En su pequeña cabeza tostada, dura, brillaban unos ojuelos inocentones que envolvían al mozo en tímida caricia de amor. Posiblemente la asombraba su silencio, después de las pruebas de amor que creía haberle dado; y de buena gana hubiera querido que le agradeciera el sacrificio con una delicadeza cariñosa que ella se imaginaba, sin precisar, en el fondo de su naturaleza femenina, abierta de golpe al instinto de la especie. El mozo limitábase a volver su pequeña cabeza de lechuza inspeccionando el camino. Un gesto de molestia arrugaba su entrecejo. Aquella extraordinaria mujer que marchaba a su lado parecía pesarle como una carga sobre los hombros. La examinaba de reojo; y la satisfacción de la moza con sus ridículos atavíos lo hacía morderse de rabia.

Parecía creerse dueña absoluta de él, dirigiendo la marcha con estúpida seguridad. Surgía su figurilla enteca de en medio de los pellones de la vieja silla, de en medio de las prevenciones hinchadas de comestibles con una cómica seriedad; y con cómica seriedad se aplastaba sobre sus tiesos pelos de mestiza araucana un sombrerillo de paja. Ella había puesto toda su coquetería montañesa en estos atavíos de desposada. De sus orejas colgaban unos aros extraordinarios y a su cuello estaba atado a modo de collar de extraños óvalos macizos, un pañuelo de yerbas de rojas orillas. Nicomedes miraba ese collar extravagante y se reía de la muchacha. Ante aquel detalle divertido convertíase su rabia interna en un deseo cruel de burlarse de Florinda, de echarle en cara su mal gusto, su falta de gracia para todo; pero luego reaccionaba, pensando que ella llevaba la comida, y esto le evitaría a él un trabajo pesado. Ya habría tiempo, por lo demás, para aprovechar una buena coyuntura y separarse de la moza.

Sin embargo, su deseo de alejarse era tan vivo, tan intenso, la risa cruel borboritaba tan indominable en su interior, que al fin soltó la broma:

—Mire, Florinda, ¿d'ionde sacó ese collar tan bonito que le asienta tanto?

Pero la mirada franca de la muchacha, la sonrisa sana de sus dientes blancos y luego su respuesta sin malicia, lo desconcertaron por completo:

—Asi se llevan los huevos pu'aquí, por la cordillera, On Nicomedes, pa que no se quebren.

Y en estas palabras había una deliciosa muestra de cariño, una delicadeza ingenua que brotaba de su alma ruda, llena de ternura, como gotear armonioso de vertiente en el seno de un áspero peñascal.

Sin embargo, el aspecto ceñudo de Nicomedes, su pereza, el misterio de su vida anterior, la hacían recordar en medio de la exaltación de sus sentimientos, las palabras de su madre cada vez que la encontraba sola en el rancho:

—Cuidao, Florinda, los guainas son como risqueras vanas, por juera parece que no hubiera ná, y aentro hay escondío un zorro.

Estas dudas no le impedían quererlo siempre: eran apenas un reflejo de cordura en la demencia enardecida de su sangre. La hembra instintiva despertaba en ella con sus dulces arrebatos de esclava. Nicomedes era su amo; y podía disponer a su antojo de ella por el solo hecho de tener anchas espaldas y una altiva cabeza coronada de greñas.

La pareja marchaba silenciosa por el sendero abierto en medio del bosque de quillayes. El sol ascendía llameante por encima de los montones rojizos de las cumbres; y su dorado resplandor hacía despertar la sierra de su letargo gigante. Los cipreses parecían sacudir la negrura de sus copas y el deslumbrante blancor de las aguas deshechas entre los peñascos salientes del álveo parecía la misma nieve de la falda que de improviso se hubiera convertido en un chorro espumoso aburrida de su alba inmovilidad.

Florinda había tomado francamente la delantera y su caballo mulato ascendía los senderos apenas trazados con una seguridad incansable. Echaba hacia adelante su corto cuello; y jadeando anhelosamente afirmaba en las lastras movedizas su pequeña pezuña, como si fuese una mano vigorosa.

Ascendida la garganta, encontráronse en la cumbre desamparada. El viento de la sierra dominaba allí a su antojo. Soplaba incansablemente, impregnado de hielo, con estridente silbar, y sus ráfagas casi visibles, que barrían el cielo inmenso dejándolo de un acuoso color azulado, llevaban la armonía de los torrentes, esteros y riachuelos; la canción del agua que buscaba camino por la falda de los macizos hacia el lecho del río.

Nicomedes había intentado hablar varias veces, pero el viento era tan terrible que apagaba los sonidos apenas salían de la boca. Desmadejado por el viento, rabioso, maldecía una vez más su perra suerte, deseando en su desesperación de vago, tirarse por aquel desfiladero sin término. Florinda, en cambio, estaba en su elemento. Su pequeña cara cetrina, dura, de inexpresivos ojos, tenía la misma fría inmovilidad de la sierra. No la preocupaban sino las riendas de su caballo; y su gesto era tan decidido y tan claro que la misma bestezuela parecía comprenderlo, moviendo con pasmosa seguridad sus ágiles remos.

A las diez, comenzaron a descender hacia un cajón que desde lo alto divisábase como un luminoso óvalo de verdura, atravesado por una barra de plata: un riachuelo que bajaba de una falda y atravesaba la pequeña explanada, espumoso, desbordado, haciendo un infinito esfuerzo por llegar luego a un lugar donde adormirse, en el quieto silencio de un lago o en la boca insaciable de una caverna subterránea.

A media falda el viento se calmaba. Su silbido inacabable no hería los oídos. Parecía aclararse el paisaje; y entonces el sol de mediodía, sol de pleno verano, caía como una vertical de fuego sobre las cabezas de los viajeros.

Nicomedes, desesperado, suplicante, clamó ahora por un poco de sombra. La muchacha lo miró sin responderle; y le indicó con un gesto el verdor apacible del vallecito. Media hora más y cruzaron la exuberante alfombra de pasto que atravesaba el arroyo como un bordado de alba espuma. Los caballos alargaban sus cuellos y abrían voluptuosamente las ventanillas de las narices con embriaguez ansiosa de la comida y del descanso.

Los desensillaron y los dejaron libres. El pequeño caballo de Florinda relinchó alegremente, y dio dos coces al aire. Nicomedes no concluía de aflojar las cinchas del avío. Tuvo que ayudarle Florinda.

Sentáronse en el pasto, bajo el cono de sombra de un peñasco puntiagudo. Florinda dio un trozo de pan moreno a su novio. Sacó, en seguida, de la alforja un pollo que Nicomedes miró ávidamente.

—Luego haremos un ulpo, dijo, sin mirar.

Y comieron largo rato en silencio. De improviso, irguiendo bruscamente la cabeza, levantó la mano hacia el cielo que se espaciaba inmenso y azul encima de las cumbres.

—Mire, Nicomedes, un buitre.

El mozo levantó la cabeza, aun chupando un hueso.

Un cóndor, cuyo cuerpo desaparecía bajo las enormes alas, bajaba parsimoniosamente hacia el cajón. Sus tiesas alas oscuras, de remeras desteñidas, proyectaban una sombra vaga y movediza que corría vertiginosamente sobre el soleado verdor del mallín, como si temiese quedarse atrás.

Nicomedes habíase parado y lo miraba fijamente. Su expresión de aburrimiento había desaparecido. Arrojó lejos el hueso que chupaba; y siguió con los ojos el rápido volar del ave hasta que se perdió en el abismo azul de un cajón cercano.

—S'iubiera tenío mi Manser, l'abría voltiao d'iun tiro, dijo encogiendo el hombro derecho, con un gesto de rabioso desaliento.

V

Después de un medio día volvieron a ponerse en marcha.

Como siempre caminaban silenciosos. De

vez en cuando, Florinda solía hacer una observación:

—Así como vamo, podemo alojar en el escorial de la l'áuna, esta tarde.

Nicomedes la miraba sin responder; y después de largo silencio, como si de improviso se arrepintiera de su descortesía, preguntaba, procurando ser amable:

—¿Qué es escorial, Florinda?

—Una casa e pieira, respondía la moza, contenta de que Nicomedes la consultase alguna vez.

El bandido había resuelto separarse de ella en cualquier momento favorable. Sabía, por la misma Florinda, que orillando la laguna del Maule, hacia el puelche, llegaba en tres horas a los primeros puestos de pastores argentinos. El alimento producíale inquietud, pero era necesario dejarlo si no quería descubrir sus intenciones. Ya encontraría en el camino quien le diese un ulpo o un pedazo de carne. Cruzóle varias veces por la cabeza, la idea de darle un empellón en un voladero; y librarse así de ella; pero la soledad de la sierra lo intimidaba, llenándolo de supersticioso sobrecogimiento. Él no era, tampoco, un asesino. Se complacía en evocar su pasado militar; y en su desaliento y en su fastidio, la visión de su traje de cabo en las brillantes paradas, era como una resurrección de nobleza y de orgullo. Orgullo de su persona, de su apostura. La mujer en este camino triunfal era a lo sumo algo más que el vaso de chicha o la soldada mísera del conscripto. Lo esencial era su fuerza, su belleza, el orgullo de sentirse militar, hombre audaz; lo secundario, la hembra, que tropezaba en su camino, así como se tropieza con un billete en medio de la calle. Cuestión de buena suerte, en suma.

Esta decisión, sin embargo, lo hizo redoblar su amabilidad. La cuestión era no despertar sospechas en Florinda; y ladinamente indagar cuál era el verdadero camino de la Pampa.

Y como una curiosa reacción, la muchacha comenzaba a dudar. La actitud indiferente de Nicomedes, su desdén mal disimulado, llenábanla de una punzante desazón. Empezaba a ver claro; pero seguía adelante obstinadamente.

Las palabras sentenciosas de su madre, aparecían ahora ante sus ojos con un extraño tinte de fatalidad.

—Cuidao, Florinda, los guainas son como risqueras vanas; por juera parece que n'hubiera ná, y aentro hay escondío un zorro.

Y la moza veía a este zorro, de hocico puntiagudo, asomando su cabeza para inspeccionar el camino, por debajo de la peña gris, que para todos era impenetrable como el pensar de los guainas.

Caía el sol cuando llegaron a la laguna del Maule; un inmenso crepúsculo cristalino disolvía el vago perfil de las cumbres en su ceniza sombría y, pesaba, con mansa quietud, sobre la laguna cuyo limpio espejo manchaba el óvalo oscuro de un pato silvestre.

Florinda señaló a Nicomedes la boca de la casa de piedra.

—Allí tá l'escorial: allí mesmo alojamos con Segundo el año pasao.

Mientras desensillaban los caballos, la sombra envolvió la sierra en un manto de negrura impenetrable, y el inmenso cielo apareció espolvoreado con millones de partículas de nieve. En el seno de las tinieblas se dejó oír la voz del agua, lenta y grandiosa, como el palpitar del corazón en las grandes estupefacciones.

Por un momento, en el interior de la cueva, encontráronse envueltos en la más pofundar oscuridad. Esto los hizo acercarse instintivamente, y Nicomedes rodeó con su brazo el talle casi varonil de la serrana. En este instante volvieron a desaparecer los recelos en el corazón de Florinda: el aliento cercano del mozo era un fuego devorador que consumía sus dudas, como las llamas los brazos resecos de los quillayes en los roces. Y Nicomedes, al estrujarla contra su cuerpo, no mentía. La soledad, el ruido, la muda solemnidad de la montaña, convertían en ternura lo que antes era odio y malhumor.

No pensaron en preparar la comida. El creciente hielo de la altura, a medida que la sombra se enseñoreaba, los hacía apretarse el uno contra el otro desesperadamente. La vida triunfaba de nuevo de las miserias y pequeñeces de la bestia humana como en aquella lejana noche mitológica del Paraíso; y al unirse en un beso ardiente, sobrehumano, no eran un hombre y una mujer sino la raza humana en cuyo abrazo de amor duerme la semilla eterna de la vida, el grito gozoso de la especie.

Poco después, la luna inundó la tierra de purísimas claridades; una hermosa luna bruñida, lavada en agua de nieve, que trocó en fantasmas amenazantes los espolones de la montaña y en regueros de fundida plata los cursos de agua que caracoleaban en sus faldas, en busca de la dormida apacibilidad de la laguna.

VI

Nicomedes despertóse molido al quebrar los pálidos albores de la mañana. En la boca de la cueva aclarábase por momentos la gran mancha gris del amanecer; y como en el objetivo de un anteojo veíase un pedazo de montaña sin árboles, y la laguna verdinosa al pie. Intentó incorporarse en los pellejos, pero el agudo dolor de sus carnes molidas lo hizo apretar los dientes de rabia.

Trataba de pensar en el terrible viaje y en lo que haría después, pero su cerebro estaba tan inerte como los músculos que ahora estiraba con grandes precauciones para no sentir las punzantes magulladuras.

Echó a un lado la manta que le había servido de cobija; y se puso de pie con toda clase de precauciones para no despertar a Florinda.

Apretóse la faja roja a la cintura, y entre un par de bostezos interminables, al ver a la moza que dormía profundamente, quietamente, apoyada la cabeza en los pellones de la silla de montar, recordó con súbita precisión lo que había hecho y lo que fatalmente debía hacer. En su naturaleza casi animal dormía en gérmen el individualismo bravío de los araucanos, el aislamiento primitivo de las razas sin porvenir.

Avanzó con toda clase de precauciones hasta la boca de la cueva y salió hacia afuera. Una bandada de flamencos tendió el vuelo hacia el interior de la laguna apenas su silueta apareció en la explanada.

El cornetazo estridente de una corralera, seguido de un aletear ruidoso por encima del agua, lo hizo estremecerse y mirar hacia la boca de la cueva donde la moza, adormecida en su amor satisfecho, soñaba acaso que la espesa barba de Nicomedes Román rozaba su carne dura de serrana.

Era preciso obrar con rapidez, antes de que la muchacha despertara. Ensilló al caballo y colgó las laboreadas prevenciones en el arzón de la montura. Iba a poner el pie en el estribo cuando lo asaltó un remordimiento. Hubiera querido dejar a Florinda un trozo de pan y un poco de harina, pero la duda fue momentánea. Subió al caballo y echó a andar por la orilla de la montaña. Pensaba, haciendo su gesto habitual de indiferencia: ¡Ella es baqueana y llegará luego! ...

Volvía a inquietarle el porvenir, pero era una duda pequeña y casi imperceptible: no temía persecuciones y el camino hacia adelante era sencillo, sin obstáculos. Pasada la laguna llegaría a los guadales cuyanos, y luego la pampa y las estancias, donde el trabajo no le faltaría; ¿y Florinda? Florinda era un accidente de la jornada, el chorro de agua con que se apaga la sed, el pedazo de pan que se pide por favor y apenas se agradece, el vaso de leche que se regala en todas partes en la sierra: allí quedaba durmiendo apaciblemente. Cuando despertara, se daría cuenta y volvería a la choza; a lavar la ropa, a hacer la comida, a tejer la lana hilada por la abuela; y él a vivir, libre, solo, sin preocupaciones, sin pensamientos, quizá a pescar una cuyanita con tierras que lo sacase de la vida de vagabundo y lo hiciese patrón de un golpe. ¿Por que nó? Nicomedes Román no era cualquier cosa.

En su pensar confuso y enredado como una rama de michay, el milagro de su escapada, su resistencia física y su fortuna amorosa, cobraban un prestigio vencedor y prepotente; el mismo que lo hacía clavar las espuelas al caballo y el mismo que borraba los débiles remordimientos, como la luz del sol los girones de sombra refugiados en los vanos de las risqueras abruptas.

Florinda se dió cuenta sobre la marcha de la fuga de Nicomedes. Antes de que su busto se enderezara en los crujientes pellones resecos había adivinado que el hombre la dejaba sola en la sierra. Casi no le tuvo odio; había en el fondo de su naturaleza ruda, un vago aroma de agradecimiento, algo así como la gota de perfume que duerme en la dura corola de la paravia cordillerana; y sólo le causaba tristeza no sentir cerca de ella la silueta varonil del bandido, la tranquila fuerza que parecía brotar de sus anchas espaldas y de sus brazos nervudos.

Al salir a la explanada, creyó divisar al mozo que se alejaba por la orilla de la montaña; y gritó con todas sus fuerzas en un arrebato consolador, desesperado; pero los gritos repetidos de cajón en cajón y de garganta en garganta, fundíanse en la sonora transparencia del aire cordillerano como gotas de llovizna en el agua de una laguna.

Luego sintióse muy sola: humedad de lágrimas parecía subir a los ojos fríos, inexpresivos, mientras con hábil presteza ponía los pellones en el lomo de su caballo.

Al notar que las prevenciones estaban vacías, las lágrimas acudieron abundantemente a sus ojos, suaves, consoladoras, borrando incultas asperezas. Como si hablase a una persona querida, Florinda murmuró en voz baja, en dulce confidencia:

—Ni siquiera me dejó un piacito e pan!

Algunos momentos después se puso en marcha. Alojó esa noche donde había almorzado el día anterior. Atravesó la sierra casi tranquila. Al aproximarse a su casa no sentía remordimientos, su noviazgo era como un dulce sueño al arrullo de las aguas sonoras. Temía, sin embargo, que hubiese llegado su hermano. Miró hacia el pequeño huerto, verdeante de pasto, que sombreaba el guindo familiar y no viendo ningún caballo comprendió que su hermano estaba aún en la cordillera.

Apenas había puesto el pie en tierra, cuando apareció la vieja en la puerta del rancho; y luego sus sobrinillos y en pos de ellos el cordero, que ella encontró más grande y menos limpio.

Su madre no hizo siquiera un ademán de enojo. Se contentó con decir, mientras cogía las riendas del caballo:

—¿Ya llegaste, niña?

—Sí, maire, ya'stoy aquí.

Y después de un momento de silencio, mientras Florinda desensillaba febrilmente el caballejo, murmuró por lo bajo, en tono sentencioso, como si en realidad estuviera enterada de todo:

—¿No vís? ¿No t'icía yo que los guainas eran como risqueras vanas?

Mariano Latorre 1916

Estampas

Matemos el rito y vivamos la patria

=Envío del autor=

El Congreso ha decretado ceremonias para el año entrante en que se cumplen los cien de haber nacido Juan Santamaría. Es el mismo Congreso que está dando forma a la concesión que la United Fruit Co. ha pedido para seguir por veinte años más en el país en explotación imperturbable. ¿Cuántos de los que aprobaron la ceremonia al héroe se sienten influidos del espíritu de sacrificio que hace enarbolar la tea libertaria?

Porque, si se reconoce que el soldado dió una enseñanza al incendiar la guarida de la esclavitud extranjera, es natural hacer de esa enseñanza la voz que esté aconsejándonos contra todas las esclavitudes en acecho. De otro modo no se crea sino el rito en torno de la actitud heroica que más profundo sentido tiene en nuestra libertad. Y del rito viven los pueblos intervenidos. Con la ceremonia no perturban el avance del poder que los domina. Y nosotros no debemos conformarnos con seguir el camino de los pueblos que han perdido su independencia. Si Juan Santamaría llevó su tea encendida al mesón de la horda organizada para sojuzgarnos, el deber nuestro es no apagar la llama del sacrificio, sin la cual no hay conquista duradera. Es cierto que la llama con que el escultor evoca su figura es llama de bronce, pero volvamos a la realidad y no veamos en ella sino el símbolo de la hazaña magnífica. Para esto es de urgencia limpiar al héroe del rito y sentir profundamente la enseñanza que nos dió. ¿Por qué se sacrificó? No seguramente para llenar campo en el calendario nacional, porque no iba persiguiendo la gloriola.

En el calendario lo buscan los que quieren que vivamos de cosas infecundas. Pero los que aspiramos a que la patria se cree con dignidad, vamos al fondo de nuestras almas, en donde vive inspirando la defensa y el crecimiento de nuestros intereses fundamentales. No lo busquen en el calendario en esta hora grave los diputados que acordaron que el país le haga fiestas en el centenario de su nacimiento. Ellos tienen una gran responsabilidad y si es aparato, ceremonia, lo que encuentran digno de la actitud heroica del soldado, entonces los grandes négocios que están resolviendo no serán nunca reflejo de la imponderable acción. Santamaría puso a arder una iniquidad en el tiempo en que las iniquidades se armaban de bayoneta y tiros para reducir al vasallaje a los hombres. Con eso quiso defender su patria y dejarnos testimonio de la conducta que precisa imponer siempre que de defender la patria se trate.

De modo que si para mostrar la reverencia del espíritu por el varón de gran heroicidad, lo que los hombres de estas generaciones acuerdan es simplemente la ceremonia, toda la enseñanza se ha destruido.

No, matemos el rito y vivamos la patria dándole nuestra sangre y nuestro espíritu. Si una compañía rapaz está armada para sacar del Congreso la concesión que perpetuará una tremenda esclavitud, lo natural es no pensar en el héroe si no hay capacidad para negar a esa compañía los medios de la conquista. El héroe que duerma si los hombres para quienes pensó en una patria sin independencia oprimida, no han sabido aprovecharse de su sacrificio. ¿A qué venía la horda filibustera si no a convertir nuestro suelo en una vasta finca para el poder que desde los centros de conquista del Norte la impulsaba y fomentaba? Sin embargo, cerramos el entendimiento a esa realidad y queremos pensar en el héroe y dar al mismo tiempo la tierra que él defendió. Una de las dos actitudes. O somos del heroe sangre de su sangre y espíritu de su espíritu, o le damos el mote de bribón y nos entregamos al vasallaje que nos persigue desde que él fué unidad de la legión que lo aniquiló en su primera aparición. La dualidad es aquí imposible. O estamos con Juan Santamaría o con los aparatos de esclavitud.

Mientras la United Fruit Co. tenga en el Congreso una concesión que pide para ella toda la región sur del país, la flor de esas tierras que son reserva que reclaman las generaciones que nos sucederán, no hay derecho para pensar en el héroe. En el país se va extendiendo el poder de esa Compañía en una forma tal, que otorgarle la más mínima concesión es estrujar el derecho que tienen los costarricenses a abrir los ojos en suelo de libertad irrestricta. En el centenario de Juan Santamaría podrán decirse de la libertad cuantos elògios conciban las mentes que la amen. Pero la realidad será muy otra. ¿Cómo hemos defendido nuestra tierra del acaparamiento extranjero succionador? ¿Cómo hemos trabajado fundamentalmente por nuestra soberanía económica y política? Esto es lo importante, saber si el héroe fué un menguado al sacrificarse o si lo somos nosotros al llenar su sacrificio del rito infecundo. Mientras no hayamos pensado que con ceder las tierras cedemos también la independencia que conquistaron nuestros mayores, nos colocamos en la condición de indiferencia que lleva a los pueblos al estado de colonia.

Si el héroe que redujo a cenizas la guarida del filibusterismo es sangre de nuestra sangre y espíritu de nuestro espíritu, nada de lo que él hizo puede sernos indiferente. Su tea es la tea del sacrificio por la patria que no pide ritos, sinó vigilancia. Por eso es de fuego, con lo que está iluminándonos el entendimiento y la conciencia, fundiendo las escorias en el crisol purificante. Quien no sienta dentro de sí el ansia de repetir la acción cada vez que una fuerza satánica se lance contra la integridad de la patria, no puede pretender que honra la hazaña heroica sumándose al ritual que es pura cosa externa.

Sangre de su sangre es lo que somos, y si él la dió en los momentos en que unos hombres estimulados por la rapacidad extranjera se desbordaban sobre nuestro suelo, lo natural es, para no traicionarlo, examinar hasta dónde somos dignos de su grandeza. El país no está libre de grandes peligros. A los cien años de haber venido al mundo aquel soldado no hemos logrado siquiera fortalecer nuestra defensa de todos los intereses vitales que la misma fuerza de entonces acecha. La concesión que la Bananera está arrancando lentamente al Congreso es la negación más grande de los principios de libertad que se defendieran al incendiar el Mesón, albergue de los esclavizadores. Sin embargo, sin meditar en el contraste, se moldea al gusto de la Bananera la concesión y al propio tiempo se declara que el héroe del 56 debe ser festejado.

¿Hay olvido? ¿Necesidad acaso de que la ceremonia externa sustituya a la enseñanza que se cala en el alma del ciudadano y lo vuelve vigilante? No toleremos ninguna conducta indecisa. Si somos espíritu de su espíritu, sintamos la misma fe en la defensa de la integridad de la patria. Levantemos un instante el pensamiento al plano que ilumina el amor a la patria sin ataduras, y volvamos armados para luchar contra todos los poderes esclavizantes. Y sobre, todo no establezcamos dualidades piadosas. No nos prestemos al juego del amo que trata de conquistarnos. Él nos quiere imponer el rito, el himno, la bandera. Mientras pueda entretenernos con cantos y fiestas, su astucia querrá apoderarse de nuestras tierras, de nuestras aguas, de nuestras rutas aéreas, de todas nuestras vías de transporte. ¿Qué extraño sería que la bananera disponga para el centenario el traslado gratuito de toda la población que esté en ánimo de asistir a las ceremonias? Para ella lo importante es que se le otorgue la concesión que le dé señorío sobre la nación. Si Juan Santamaría condenó la rapacidad venida del Norte, esa condenatoria no podrá tener sentido creador si la propia Bananera no lo descubre. Acepta entonces que el mismo Congreso que está moldeándole el arma para perpetuar su dominio, decrete el homenaje al varón que quemó la guarida del filibusterismo. No hay ofensa en el contraste.

Mas para los que veamos en la actitud heroica del soldado la enseñanza fecunda, el dilema es: o darle dominio a la Bananera, y en ese caso sumir al país en el vasallaje perpetuo, o estar con Juan Santamaría y en ese caso encarnizar la lucha contra el filibusterismo modernizado.

Juan del Camino

Cartago y mayo del 30.

Mariano Latorre

= Envío del autor =



Mariano Latorre

El camino que ha escogido Mariano Latorre para escribir sus libros es el más leal. En efecto, ha preferido la notación minuciosa de la realidad a todo género de ideología. Empapado en frecuentes lecturas de Pereda, le ha interesado el paisaje sobre todo otro elemento de rango literario. Su primer libro—*Cuentos del Maule*, 1912—justo es decirlo, presta atención a la vida humana en cuanto este término denota juego de pasiones; pero por largos años el novelista se deja absorber por la naturaleza. Así lo prueban *Cuna de Cóndores*, 1917, *Zurzulita* (novela), 1919, *Ully y otros cuentos*, 1924. De estos libros en general puede y debe decirse algo más.

Insinué ya que este escritor había escogido el camino más leal. En efecto: Latorre es, dentro de la medida de lo posible en un país americano, un literato puro. Le interesan, por sobre todos los demás, los problemas literarios. Sin ser un trabajador sobradamente metódico, investiga escrupulosamente. Ha recorrido paraje por paraje su provincia natal (Maule). Ha remontado el curso de sus ríos. Ha frecuentado la costa. Ha escudriñado el bosque y la cordillera. Sin embargo, esto no le ha bastado. Ha visitado, además, otras provincias y penetrado en otros ambientes, siempre anheloso de documentarse. Los cuentos y novelas escritos por Latorre entre los años 1917 y 1924 tienen un rasgo común que, por lo demás, caracteriza toda la producción de este escritor. El centro del interés literario de estos libros se ha desplazado desde el hombre hacia el paisaje. No se puede decir de ellos, salvo alguna excepción (*Llolli y Cachuzo* en *Cuna de Cóndores*), que tengan personajes pertenecientes a la especie humana. En ellos el protagonista está compuesto por un conjunto de cerros, caminos, bosques, ríos, casas y estrellas. Los hombres pasan por estos cuentos como relámpagos mortecinos. No tienen relieve, no provocan la atención.

Si el interés literario de la obra de Latorre se ha desplazado del hombre a la naturaleza, debe suponerse entonces que nos encontramos ante un espléndido paisajista. Esa es la verdad: Latorre aprovecha sus cuentos como vehículo para trasmitir a los demás su cabal conocimiento de la tierra chilena. Las descripciones ocupan casi toda la extensión de sus relatos, y si se consideran los cuentos como un producto de tres dimensiones, puede observarse aquí que el largo, el alto, y el ancho pertenecen a la descripción. La obra literaria de nuestro novelista queda así unificada por un común propósito. Hace algunos meses sus compañeros de letras residentes en Santiago ofrecieron a Mariano Latorre un agasajo, con motivo de su nombramiento de Profesor en el Instituto Pedagógico. Al agradecer este homenaje, Latorre quiso condensar en pocas palabras la esencia de toda su obra. Confesó que su propósito inicial, al emprender la carrera literaria, había sido fijar en libros diversos los caracteres salientes del pueblo chileno. Dijo que lo habían preocupado todos los medios y todas las profesiones, y que la parte inédita de su obra estaba consagrada a seguir proyectando luz sobre otros aspectos de la vida chilena.

Esto lo ha probado muy poco más tarde el autor al publicar *Chilenos del mar*, 1929. En este libro Latorre nos lleva a conocer a los hombres que viven en la proximidad del mar y que sobre él basan el esplendor o la miseria de su existencia. Chile, como país dotado de una extensísima costa, es un pueblo de marineros. Hay, por lo menos, dos regiones en que la influencia del mar sobre la tierra es visible y preponderante. Maule, la patria del autor, es una; Chiloé es la otra. De allí, principalmente, han salido estos chilenos del mar. El autor no se ha dejado dominar esta vez por su amor a la naturaleza. Ha preferido narrar la humilde tragedia de un botero antes que cantar la cólera salvaje del océano. Y ha hecho bien. Su libro ilumina zonas profundas del pueblo chileno. El matiz de estoicismo que se halla en éste aparece de manera relevante en el libro de Latorre.

Para que el programa esbozado por el autor en el discurso a que hice referencia arriba se realizara, sería preciso que a *Chilenos del mar* siguieran otros libros de pareja índole; quiero decir, libros en los cuales el acento del interés literario recayera en lo humano. En los últimos meses, Latorre se ha señalado por una evolución en este sentido. Me parece no haber dicho todavía—y quiero subsanar el olvido—que nuestro compatriota lee mucho toda laya de literatura novelesca. A las pacientes lecturas de Pereda ha seguido la frecuentación de los novelistas de última hora. Entre ellos, prefiere a los de raza sajona y escandinava. El dinamismo, el sentido de la acción vital, la inquietud a veces y la frecuente oscuridad que se advierten en las obras de esos autores hacen lentamente su camino en el espíritu de Latorre. *Chilenos del mar* me parece a mí la primera manifestación de ese benéfico cambio. Espero que no sea la única. Esta evolución debe influir también en el estilo. Hasta ahora el estilo de Latorre se ha distinguido porque ha sido puramente narrativo. El autor no ha dejado jamás de tomar la palabra en reemplazo de los habitantes de su escena. Ha coartado la libertad de sus movimientos con las descripciones y narraciones y ha preferido contar la impresión que en él provocaran sus personajes a permitir que éstos sean los que, directamente, obren sobre el lector.

Este escritor que conoce tan profundamente la naturaleza chilena es el más calificado para llegar a la realización estética de esta tierra. Sus libros persiguen formar una especie de friso decorativo en que se vayan mostrando, mediante iluminaciones parciales y sucesivas, los diferentes escenarios en que se mueve la vida chilena. Hasta hoy se trata nada más que de un escenario, no lo olvidemos. No se debe buscar en la literatura de Latorre una emoción humana intensa ni un fuerte dramatismo. Hay algunos resortes que no ha tocado y que al parecer no tocará jamás. No se puede pedir a un escritor que sea completo. Si la pupila del novelista se acomoda mejor a la visión del paisaje, si sólo ese espectáculo de la naturaleza aún no domada por el hombre mueve su pluma, preciso es tomar su literatura como la de un paisajista. No es psicólogo ni pretende serlo. Sin embargo, su último libro, *Chilenos del mar*, insinúa una vuelta hacia el interés humano.

La evolución reciente de la obra de Mariano Latorre acusa a la vez una mayor complejidad de recursos y una mayor oscuridad psicológica. Creo que ambos factores se deben a las lecturas de los escritores—especialmente novelistas—nórdicos que son hoy sus preferidos. Cuando el escritor estaba formado en la manera de Pereda y algo influenciado por los novelistas franceses del realismo y del naturalismo—Maupassant, Flaubert, Balzac, Daudet—, sus relatos eran más claros y más simples. Así se observa en *Cuentos del Maule* y también en los libros posteriores, que son indudablemente más personales. Hoy—después de lecturas frecuentes de Conrad, Knut Hamsun, Peter Egge, London, etc.—la narración consta de más planos y es más difícil de penetrar. Las pruebas de esta afirmación se encuentran en *Chilenos del mar*, tantas veces citado, que es sin duda uno de sus mejores libros.

En suma, Mariano Latorre es un escritor dotado de suma laboriosidad, que ha puesto al servicio de su obra literaria condiciones de paciencia y de tesón.

(Pasa a la Pág. 128)

Del tributo cubano a José Carlos Mariátegui

El amauta José Carlos Mariátegui

= De *1930*. Habana. =

Presencia.—Cada hombre de Hispanoamérica ha oído alejarse por su propia entraña los pasos de José Carlos Mariátegui. Se ha roto una voz que estaba hecha de los gritos de todos. Por eso ha sido una partida sin silencios. Las angustias articuladas—polarizadas—en el ademán indicador han quedado colgando de cada garganta enrojecida. Urge un hueco de meditación entre los gestos angustiosos. Precisa que la resonancia prenda, sin paréntesis, en el mejor metal. En Mariátegui la obra intelectual no puede ser cosa inseparable de su presencia, porque él estaba en su obra y su presencia empieza ahora. Por venir de su aliento de hombre su palabra nació con piernas incansables. Como toda palabra transida de humanidad y codiciosa de porvenir será la suya viva y reciente cuando ya no diga la verdad.

Drama y tragedia.—América ha querido ser Europa. ¿De dónde, si no de las tierras que tallaron a sus conquistadores y pioneros, podía venirle la orientación de su deseo? Pero, en las tierras europeas las nuevas formas surgen como rectificación del momento anterior y la más violenta mutación es, observada en sus raíces, parto fisiológico. En el norte del Continente nuevo, sin sangre india en el torrente dominador, Europa tuvo un desplazamiento sólo peturbado por las nuevas condiciones de vida. La parábola occidental aceleró, sin quebrar su destino, el impulso que le venía de Roma. En cada paso del pionero hay una intención de permanencia. El pionero fué un hombre en función de poderío creciente, a diferencia del conquistador, preocupado de la exacción agotadora. Cuando el colono de Nueva Inglaterra volvió la vista a la realidad nacida en su marcha, advirtió una estabilidad apta para traducir plenamente las apetencias centrales de Europa. La etapa capitalista-industrial, que la tierra matriz llevaba a momento culminante, halló en el norte de América su último—y más alto—estadio. La rectificación local fué elemento coadyuvante de cada inquietud trasatlántica: el pionero hallaba en la gran industria un sustitutivo superado de su carrera hacia el Oeste. Norteamérica encontraba la herramienta forjada para sus manos rudas.

En Suramérica han vivido superpuestas, comunicadas intermitentemente, culturas de tipo distinto, antagónicas en más de un aspecto. La capa inferior, detenida en su evolución por la Conquista, dañada en sus esencias por la Colonización, no ha podido dar la tónica directora. La capa dominante, lejana espiritualmente del indio sojuzgado, pero presente—, no ha podido ir a la integración de una realidad indoamericana. El criollo ha mirado a España, a Francia; el indio se ha mirado a sí mismo como un modo de mirar hacia atrás. Los dos mundos secantes han cambiado, en sus intersecciones, sus fuerzas mejores. Las ansias de cada mundo no han podido ser idénticas ni netamente contrarias. El indio quedó impermeable a la vibración europea. El criollo no pudo, en un medio profundamente distinto, incorporar la comunidad a su cargo al ritmo de París y de Londres.

A los hombres directores de Norteamérica sólo tocó enseñar el mejor manejo de los instrumentos propicios. Eran parte cimera—no distinta— de su comunidad. (Cuando Teodoro Lüddecke llama hoy a su pueblo a un entendimiento con el yanqui, está sintiendo en su epidermis germana el rasguño de la pluma de Emerson). Suramérica ha tenido que exigir demasiado a sus orientadores. El caudillo libertador tuvo que hacer, entre hambres e intrigas, la rebeldía del indígena y la estructura de las nuevas repúblicas. (Cuando alguien estudie rigurosamente la suma de energías y superaciones íntimas que los líderes del mundo indoibérico pusieron en su obra, se anotará un nuevo tipo de milagro).

José Carlos Mariátegui, líder de su día y orientador de *un mundo por nacer*, fué forzado a mezclar, a equilibrar, las esencias del hombre apostólico—hombre en futuro— con las virtudes presentáneas del *realpolitiken*. Quiso llevar a su pueblo, a su gente americana, por caminos inéditos y le fué preciso mostrarse a sí mismo la realidad de las vías inestrenadas. Como en la Independencia, Europa volvía a dar la claridad para transitar los senderos desconocidos. Como ayer, era ineludible un credo preciso, afirmativo, intransigente, romántico, que hubiese mostrado ya en el continente nutricio fuerza de realización. Mariátegui fué al análisis leal, acucioso, perspicaz, pero realizado desde un ángulo apasionado. El dato, el enfoque, verificados con científica objetividad; la doctrina desentendida de lo que no fuese su propia órbita, a un lado lo que pudiera distraer, debilitar, la visión de lo apetecido. «No soy un espectador indiferente del drama humano. Soy, por el contrario, un hombre con una filiación y una fe»—dijo en más de un momento el autor de los *Siete Ensayos*.

Tener una fe es ser parte encendida del drama del mundo. Salvarse o perderse con el mundo. Cuando la fe se ausenta, la comedia llega. Los hilos burdos, sin color sensible a la pupila apasionada, amarran frente a nosotros el espectáculo tragicómico. Se llena entonces de silencio nuestra mejor intimidad y se puebla de resonancias lo exterior. Como ninguna ligadura embaraza la visión, como ningun impulso realengo parcializa lo observado, la fotografía del mundo es perfecta y todos nos reconocemos un poco en ella. Sólo el hombre dramático puede darnos lo que no está en ninguna fotografía: el espectáculo de sí mismo y de su trayectoria dentro de un cuadro en el que lo que no sea él y su destino queda desvaido, horro de significado. Las luces reflejadas sobre el hombre espectador y devueltas por él a lo externo tiemblan trágicamente sobre todas las cosas. La luz vertical aparecida en el pecho del hombre dramático taladra gozosamente su representación trascendente de las cosas. Todo late en ella hacia un fin previo. En el hombre-humanidad no puede existir la tragedia. Esta nace del choque entre el anhelar y la fatalidad negadora del deseo. En la fe enérgica no tiene parte la posibilidad negativa. El hombre-actor tiene en su mano la verdad. El espectador es siempre el conquistador en su busca trágica. ¿No fué el autor de la *Comédie Humaine* quien gritó, en pugna un poco risible con Napoleón, su oficio de conquistador?

Mariátegui fué un hombre dramático en un coro de hombres trágicos. Afirmó mientras todos dudaban. De ahí su fuerza. Hundió las manos con dolor de creación en carne angustiosa. De las palpitaciones de esa carne hizo

José Carlos Mariátegui por *Enríquez*

Bibliografía titular

(Registro, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

Dos libros que Salomón de la Selva recomienda a los jóvenes estudiosos:

The Dance of Life, by Havelock Ellis. The Modern Library, Publishers. New York.
History of European Morals. From Augustus to Charlemagne. By E. H. Lecky. In two volumes. D. Appleton and Co. New York. 1929.

———

Nos llegan dos libros de Concha Espina:

Mujeres del Quijote. Ilustraciones de Ontañón. RENACIMIENTO. Madrid.

De la introducción:

Recoger en un libro, útil y dulce, ameno y breve, consagrado tal vez a la lectura en las escuelas, algunos rasgos y perfiles pintorescos de las mujeres del *Quijote*, y aderezarlo de tal suerte que, recreando a los espíritus infantiles, no sea del todo trivial y desabrido para los lectores de mayor edad y entender, me parece un proyecto tan seductor como difícil.

Siete rayos de sol. (Cuentos tradicionales). RENACIMIENTO. Madrid.

Del prólogo:

Como iniciación modesta de más amplia obra, reúno en este volumen un manojo de cuentos tradicionales, ajustados a las normas de la literatura actual.

...Y abrigo la ilusionada codicia de emprender, aunque sea remotamente, una labor que se inspire en la de los célebres hermanos Grimm.

...La escultura del cuento español, su artística labra, hecha encima del bloque de los cantos orales que otros autores han recogido, fué un anhelo que me tentó allí, ante la ventanita rotulada y esculpida que luce Cassel, como un blasón, en la antigua vivienda de los Grimm.

(Pasa a la página 128.)

su ritmo. De ahí la validez permanente de su mensaje.

Estilo de profundidad.—La virtud dramática de Mariátegui lo cambia de artista en político. Sus años de *colónida*, su devoción frente a las gracias decadentes de Valdelomar, su efímero danunzzianismo, fueron vías purgativas. De ellas se trajo el afinamiento de medios captadores y expresivos y esa preocupación de lo literario como hecho humano que matiza—comprobación y contraste—su obra de hombre de doctrina. El arte, para el autor de la *Defensa del Marxismo*, es un producto negador o coadyuvante del momento histórico económico. En ambos casos interesa al sociólogo. Rabindranath Tagore, ausente de las corrientes rectoras de su instante, es el error que Barbusse se encargará de rectificar. Chaplin, objeto y pretexto temático de la Artecracia de Vanguardia, es el momento romántico de la etapa capitalista (The Gold Rush) y, además, (The Circle), el *clown* egregio, creación leal de una Inglaterra imperialista y darwiniana.

Para Mariátegui no habrá arte nuevo sino arte actual, es decir, revolucionario. Arte en el que se traduzca adecuadamente la inquietud política y el anhelo social. La nueva técnica, la vestimenta de corte desusado, nada significarán aunque estén de espaldas a lo consabido, aunque maten el claro de luna y el retrato literal. ¿Estrechez de visión determinada por una postura dogmática, por la inserción de por vida en una milicia ofensiva? Traslación a campos inusitados del concepto político y del artístico, revaloración de ambos conceptos. Cuando lo político es la corriente vital, ¿puede algo quedar a sus márgenes? Y no olvidemos que para el ensayista peruano la política es «la trama misma de la Historia». Lo que sea eco de voces conocidas está peturbando sin objeto el triunfo de las voces recientes y de las que quieren romper. Lo que, sin venir de ayer, quiera desasirse del aliento caliente del querer colectivo, deja de ser «iconografía para una religión viva» y es sólo decadencia.

Mariátegui detiene su pupila apasionada en el hecho artístico y, como Martí, lo tiñe de su sangre. Pero no le entrega, como nuestro gran escritor, su latido central. Otros, con virtud estética dominadora, bien centrados en la sed de su día, dén su hombro estético a la gran construcción. En él —lealtad estricta a su tiempo y a su fe— el escritor sólo debe aparecer cuando le sea forzoso servir en las banderas del hombre. Su verdad pedía alas, pero a él tocaba hundirle el pie en la tierra de todos. Cuando su verdad no se inquietaba, su pluma debía quedar inmóvil. («Muchos proyectos de libro visitan mi vigilia; pero sé por anticipado que sólo realizaré los que un imperioso mandato vital me ordene»). Pero, en su oficio subalterno de medio realizador, se comunicaba a la palabra el calor y la claridad que la habían llamado a su servicio. Como frente a Unamuno —gran político del partido de Unamuno— es imposible recordar frente a la obra del líder de Lima la distinción preceptista entre forma y fondo. En ambos el fondo *se expresa*. En uno y en otro la palabra tiene sentido en tanto es parte viva, carnal, de quien la escribe. Como a las aguas marítimas el color—el estilo—, les viene de la profundidad. El calado asombroso de algunas páginas de *La Escena Contemporánea* es la explicación única de su valor antológico.

Amauta.—El marxismo —con sus complementos sorelianos y leninistas— fué el absoluto de José Carlos Mariátegui. No hay línea en su obra que no sea de batalla. No hay batalla en sus libros que no se libre por la socialización de Hispanoamérica. El módulo se importaba de Europa. («Y creo que no hay salvación para Indoamérica sin la ciencia y el pensamiento europeos u occidentales»). Pero por primera vez podía esperarse que los pueblos del Sur realizaran en plenitud el nuevo estado. Lucía medida humana.

Llevar a todos los hombres hacia el hombre es cosa más dura que sacarlos del poder político de un monarca lejano. Los obstáculos habían de ser menos violentos pero más impenetrables que en la lucha contra España. Porque el criollo debía perder en esta nueva Independencia lo que ayer tomó del español. El poder del blanco se apoya en el entendimiento —sumisión— con los Imperios industriales. Hay que libertar otra vez a la América mulata de la garra extraña y dar además al indio —perdedor de todas las guerras de América— estatura humana.

Para producir la doble redención, preparó Mariátegui las armas que la nueva época pedía. Toda su juventud trashumante por Francia, por Italia, por Austria, es un pertrecharse de los más eficaces proyectiles. Toda su obra de periodista en *La Razón*, en *Variedades*, en *Labor*, es un ejercitarse para el golpe de gracia a la tiranía de dentro y a la de fuera. En *Amauta* surge ya el táctico irreprochable. En los *Siete Ensayos* se dispone todo para la revolución que la Muerte —de la misma casta destructora que Leguía y el imperialismo— ha retardado ahora.

Los *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* es un libro de significado continental. Lo que en él se dice del proceso de la literatura moderna del Perú, de la marcha en zigzag de su instrucción pública, del factor religioso en su historia colonial y republicana, nos interesa como dato libresco, que es hoy la más segura manera de no interesar. La evolución económica peruana que se nos da en sus páginas primeras nos afecta vitalmente, como caso americano. En el análisis de un espectáculo cercano vienen a la superficie con relieve esquemático, las causas americanas —universales— que lo determinan. Como documento nacional puede ser discutido el gran libro. (¿No le han salido ya al paso los impotentes parapetados como ayer detrás de la fecha y del número?) En cuanto mira a la esencia del hecho económico de Iberoamérica es inatacable. Podemos dudar de la capacidad ingénita que advierte Mariátegui en el indígena para la vida comunizada: los tiempos feudocomunistas de Pachacútec no son los del industrialismo complejo de Lenin. Pero no podemos convertir en motivo polémico el cuadro clínico que de la economía colonial —retardo aprovechado sigilosamente por evoluciones económicas normales— se nos ofrece en los *Siete Ensayos*. El descubrimiento de las entrañas de esta realidad americana bien vale la vida que acabamos de perder.

Por caminos peruanos nos da Mariátegui el tamaño de la tragedia que todos vivimos. El problema del indio de la sierra cuzqueña, el anquilosamiento del cuerpo social del Perú por el gamonalismo triunfante, son —con otras etiquetas— los elementos en juego a lo largo de la economía colonial de nuestros pueblos. Tierra barata y explotación barata del hombre que, al labrarla, le da precio. Tradición feudal ininterrumpida con el sólo cambio del color del previlegiado. Mayordomo sin escrúpulo que asegure el disfrute cómodo de las rentas al Señor que ahora vive lejos del feudo: Perú, Cuba: Indoamérica.

No se indican en el libro de Mariátegui los modos de acción inmediata para quebrantar un estado de tan decisiva inferioridad. Él —que distinguió sagazmente un día al revolucionario del utopista— sabía como Martí que, puesta en marcha una verdad, camina hasta que deja de serlo. Sabía que la parte Sur del Continente vivía en un momento económico ya superado, pero que en él estaba gestándose —en caldo de esclavitudes— el salto sobre el instante triunfador pero estéril que está gozando el Norte del Continente. Advertía, aunque nunca lo expresó, que a cada golpe que el imperialismo capitalista infería a la América se desnutría el brazo agresor. Estaba convencido, aunque nunca lo dijo, de que la descomposición del industrialismo burgués norteño coincidiría con la saturación de Indoamérica. Tenía la clarividencia de que, mientras la burguesía rubia aceleraba en su egoísmo el declive de una etapa económica periclitada, cerca de su lecho de enfermo se tocaban el codo las angustias que mañana enseñarán al Norte y al Sur el reinado del espíritu.

Para saber donde va un pueblo hay que sentir muy cercano su aliento. Para encarnar su absoluto hay que sufrir su herida. La inmovilidad de Mariátegui tiene un hondo sentido. En el corazón de la injusticia, donde el Imperio y su Fiscal lo podían todo, debía abonar con su agonía de cada hora las siembras nuevas de su mano. La injusticia es el fondo obligado del héroe. Desde toda su América, desde esta isla aherrojada como su Perú y «a la que sus límites impiden toda su autonomía de movimiento histórico», veíamos a Mariátegui como un defensor avanzado de nuestro destino. Le seguiremos viendo ahora en su sillón de ruedas, proyectada hacia adelante la cabeza de aguilucho obstinado, desmedido el pabellón de la oreja como para captar las corrientes subterráneas, la pupila brillante y quieta —vida y porvenir— como los amautas del viejo Incanato.

Juan Marinello

La palabra sola

Enjuta orla de palabras para el que amó tanto los hechos, para el que, trabajando en la angustia suya y por la angustia humana, nunca entretuvo la queja. Hombre seguro, útil, impávido, deja duelo verdadero donde no queda, de otras muertes egregias, más que una compunción fría ya de olvido. Fué amado hasta por los que le temían, que el respeto es también una manera esquiva de amar. Y lo ganaba, de todos, aquello en él que los hombres nunca sabrán desdeñar: la consagración. El poner a rendimiento ajeno todo el caudal propio, el olvido activo de sí mismo: lo heroico, en fin, de su vida.

———

Heroísmo intelectual, primero. Como Martí, enamoró el peruano su propia frustración: la de ese artístico designio que es la vocación primaria y la tentación perdurable de todo hombre de ideas: conjugar imágenes. El narciso intelectual, más o menos pudoroso, que hay siempre en él, se mira en la especulación, también cosa de espejo. Muchos se arroban en esa reflexión, que no calca más que su figura y el cielo. Mariátegui quiso la tierra. Fué de los urgidos por la responsabilidad inmediata de la

inteligencia. Que ésta no sea perenne ejercicio de armas, sino milicia y conflicto por el hoy del hombre. Y aceptó el sacrificio que eso comporta de sí mismo: de posibilidades extremas, de pluralidad de irradiación. Porque militar es siempre uniformarse.

Otros habían querido también —y quieren— prestarle a América su auxilio de claridad. Pero sin mermarse, sin sacrificar su derecho a la creación del dogma propio, al deleite del invento. Y se sacan de dentro la teoría. Mariátegui espera a que se la dicten los hechos y tiene, luego, el heroísmo humilde de asumir un dogma. Esta humildad es su distinción y su fuerza.

En tierra de líricos, él se desposa con la más verificada y severa objetividad. Desdeña las posiciones «abstractistas y literarias». No tiene la superstición positivista del hecho, porque acaso está ya ganado para su apriori ordenador. Pero escruta en su minucia, en su cotidianidad, la desazón americana. Y les descubre vanos de retórica a los diagnósticos tradicionales: herencia, geografía, incongruencia de razas o de culturas. Halla que los doctores que le preceden son meros echadores de menos, que su pensamiento es medroso y fragmentario. Él busca una explicación integral, radical, geológica —por así decir—, de las lagunas y los volcanes de su tierra nueva. Y donde otros se detienen, él sigue. Extrema sus razones con esa terquedad del hombre que ve claro. Ultima su examen sin miedo a las consecuencias, y antes de casarse con su doctrina, es radical auténtico porque ha mirado en la raíz a las cosas.

———

En la raiz está la inconformidad, la injusticia, el despojo. Mariátegui ve que la tragedia de América es una contradicción interior: la sordidez de su opulencia, la vejez de su juventud.

Otros sacaban de esa visión no más que una cuita vaga o una pávida esperanza humanitarista. Cínicos, desahuciaron de este mundo la justicia absoluta; ilusos, confiaron en su posible advenimiento por las lentas vías de la cultura y por el afincamiento progresivo del *ethos* social. Pero en él la objetividad del método está asistida de un doble escepticismo, moral, intelectual. No cree en la eficacia rectificadora del desinterés, ya sea en el orden de los sentimientos o en el de las ideas. Es frío y dogmático. De su obra está ausente todo encarecimiento sentimental, todo esfuerzo por conmover. El pietismo social es burgués y él quiere una justicia que no dependa de caridades —sobras de la satisfacción ajena— sino de las equilibradas satisfacciones de todos. Como carece del falso «idealismo», romántico y retórico, que disimula la pereza de América, él se sitúa francamente frente al hecho económico. Es hombre de aritmética terrena en tierras donde sólo se gusta del conteo sideral, del lindo mentir de las estrellas. Si no inaugura el pensamiento —ni siquiera el diagnóstico— económico en América, es el primero que sublima la economía, haciendo de ella un criterio. Y con perfecta congruencia, se afilia a la doctrina que le concede a la base material de la vida una eficacia determinante de todo lo histórico.

———

Ninguna adhesión presume de inventiva. La cuestión de la mayor o menor originalidad del pensamiento de Mariátegui ha de resolverse en el plano de su aplicación a un hecho nuevo de ideas ajenas. Y en esto su originalidad fué suma y valerosa. Ni daba él albergue al escrúpulo de originalidad, uno de los resabios intelectualistas de que tanto abominaba. Para justificar, para ejemplarizar su afiliación, esbozó su doctrina del dogma, arbitraria, sutil, pero creadora de una disciplina militante, que era lo que a él le importaba. Y todo Mariátegui se entiende a la luz de esa doctrina.

El dogma, un dogma, es siempre necesario. Lo importante es que se ciña a la realidad inmediata y tome cuenta del cambio histórico. El libre examen es la estéril presunción, la demasía individualista de la inteligencia. Ésta necesita una adhesión inicial, un apriori resuelto que le sirva, si no de itinerario, de brújula al menos. «El dogma tiene la utilidad de un derrotero, de una carta geográfica: es la sola garantía de no repetir dos veces, con la ilusión de avanzar, el mismo recorrido y de no encerrarse, por mala información, en ninguna *impasse*». A la «estrecha servidumbre» del libre pensar, que gira sobre su propio eje especulativo, prefiere él la holgada servidumbre a una gran idea ajena ya experimentada. «Para pensar con libertad, la primera condición es abandonar la preocupación de la libertad absoluta».

De esta paradoja sustentó Mariátegui su escepticismo intelectual, su desconfianza del poder de la inteligencia para orientarse sin referencias históricas, al par que las objetivas. El rebelde, pues, preconizó la sumisión. El poderoso examinador, afirmó la necesidad de una dependencia racional. Tomó así toda su dialéctica un fervor apologético. Está mucho más cerca de un San Agustín que de un Rousseau: fué doctor de una iglesia nueva, y no tuvo jamás empacho, sino orgullo, en declarar su parcialidad. «La política en mí es filosofía y religión».

———

En esa actitud, en esa disciplina, se encontrará toda su grandeza y su ocasional servidumbre. Sólo este sentimiento de la idea como algo ajeno y superior puede, tal vez, infundir semejantes valor y lealtad y seguridad en la defensa de ella. El mismo Marx —hegeliano *ab origo*— no sintió jamás la paternidad de su criterio, que le pareció criatura del devenir histórico, especie nueva de revelación. El hombre que se siente hechor de sus ideas, superior a ellas, no halla dificultad en abandonarlas a su propia suerte. En todo caso, no se sacrificará él mismo a su criatura. La abnegación es siempre de estirpe religiosa en cuanto supone un sentimiento de dependencia.

Pero el dogma no le infunde a Mariátegui solamente su coraje y su fervor, sino también su fuerza dialéctica, su seguridad. En esto vió él la principal conveniencia de una filiación ideológica. Un dogma es un principio jerárquico de posiciones críticas, un orden riguroso de enjuiciamientos. Tiene una lógica interior ya asentada, una sólida trabazón. Admitido el principio, la dialéctica del dogma —en la teodicea como en el marxismo— es punto menos que invulnerable, porque la fuerza es siempre atributo de la cohesión, de la estructura. De aquí que Mariátegui sea por excelencia, en el pensamiento de América, el hombre seguro. Afirma o niega netamente. Le tiene tomadas todas las avenidas a su argumentación, y no nos inspira nunca, como el teorizante usual, ese temor de que el imprevisto lógico surja por cualquier esquina de la tesis con su golpe trapero. Abominador de «lo mágico y oscuro», tan del paladar de nuestra hora, tiene una cortante energía y una precisión vasca en el postulado. Cuando estamos frente a él, y no con él, su dialéctica nos hace sentir un poco en ridículo. Y no es que cuanto dice sea cierto, sino que lo dice con tan convencida certidumbre.

Su mensaje es, así, fuerte, implacable y eficaz como una máquina. No admite aquiescencia a medias. No da cuartel a la discrepancia. Tiene la virtud entera y la enérgica virtualidad del dogma. Y su poder de proselitización. En su palabra, América encontró la palabra neta, directa y total. La palabra capaz ya de guerrear por sí sola y llenar el vano de esta muerte prematura.

Jorge Mañach

(En la próxima entrega, concluiremos este homenaje: con los artículos de Félix Lizaso y Francisco Ichaso.)

JOHN M. KEITH & Co., Inc.
SAN JOSÉ, COSTA RICA
AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS
Cajas Registradoras "National"
The National Cash Register Co.
Máquinas de Contabilidad "Burroughs"
Burroughs Adding Machine Co.
Máquinas de Escribir "Royal"
Royal Typewriter Co., Inc.
Muebles de Acero y Equipo para Oficinas
Globe Wernicke Co.
Implementos de Goma
United States Rubber Co.
Maquinaria en General
James M. Montley, New York
JOHN M. KEITH
Socio Gerente
RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

Un milagro en el Sur...

=Inédito. *Envío de Blanca Luz Brum*=

Bajo el crucero

Ya sabemos sus amigos que Angel Falco es más poeta del Uruguay que Cónsul del Uruguay.

Pese a su oficinita pedante que tiene una máquina de escribir, un retrato de Campisteguy, y «El Mapa de la República Oriental del Uruguay» que a mí siempre me hace pensar en Maldonado y buscar el Cerro de Pan de Azúcar, es decir el lugar donde yo he nacido; y que tiene además un cartelito notable que dice: «Horas de Oficina, de 11 a 14 y de 16 a 18, menos los sábados,» ¡puro grupo!. Que me pregunten a mí para que sirve la maquinita de escribir, y yo diré con mucho gusto, nada más que para hacer versos; y yo diré también que es muy cierto que el retrato de Campisteguy está siempre torcido y con telarañas. ¿Y las «Horas de Oficina»?, pues ésas se han hecho para sus amigos, para los poetas, para los charlatanes y para los toreros... Por allí pasa Silvetti, el Tigre de Guanajuato, y algunos generales de la «Revolución» mexicana, que todavía no los han fusilado pero quedan siendo serios candidatos al paredón, porque en México son generalmente los generales los mas frecuentados por el Artículo 30-30. ¡Y cómo no decir que también por allí pasó un día el tristemente célebre Tristón Maroff, quien después de haber sido en Bolivia director de una cárcel, fué en Italia cónsul melancólico al servicio de Saavedra, cuya melancolía se acentuó cuando Siles lo destituyó; luego, en México revolucionario se sintió idem y por lo consiguiente tuvo sus buenos conchavos gubernamentales, recalcando constantemente en sus coqueteos comunistas, que era miembro del partido comunista francés! Y ahora partió Maroff...

Pasa también Alejandro Sux que ha dejado la literatura y la anarquía para convertirse en un terrible competidor de Rockefeller.

Además tiene el gran Angel Falco, amigos comunistas, boxeadores, anarquistas y tenores. ¿Compatriotas auténticos? creo que sólo él y yo. Los Ministros no se cuentan, los ministros no son compatriotas, son eso... ministros.

Y bien, hablando de Falco como camarada y como amigo, no se puede hacer de otro modo, porque él está rodeado por su índole maravillosamente humorística, afectiva y franca, de todas esas cosas encantadoras y frescas que dicen de su alma permanentemente vibrante y joven. Yo lo recuerdo bien durante los días angustiosos de mi encarcelamiento, con la ansiedad que mi hijito y yo esperábamos su bondadosa visita; yo lo sentía y valoraba como si se tratara de un ser íntimo y familiar, finamente atento y cariñoso, digno y valiente en medio de las miradas inquisidoras de los carceleros jerárquicos que casi querían decir: «compromete usted su cargo.»

Yo lo ví siempre con su cara noble y su andar fuerte y medio quebrado de gaucho, meterse buscándome entre la soldadesca y los esbirros como si hubiera dejado detrás de la puerta escondida y casi avergonzada su investidura horrible de diplomático, y en cambio como si se le volviera a encender la frente con la llamarada ardiente de sus viejos tiempos...

¿Y qué decir del poeta? no hay mas que decir que es uno de los mas grandes poetas sentimentales de estos últimos tiempos, metido dentro de las viejas formas pero con el talento y la emoción que fueron de él en todos los tiempos. Como si su cuerpo no hubiera perdido la antigüedad del ritmo, pero su espíritu continúa altamente sereno, altamente erguido, con la misma soberbia rebeldía de otros tiempos, aunque ya no hace girar en vertiginosas ruedas la sangre, sino que aquietada en un cuágulo dramático vé llegar la calma de los años.

Su poema del Sur es una conmovedora ofrenda del poeta al Uruguay lejano; que no es precisamente un arranque patriótico sino que después de un madurar de cielos, de paisajes, de amigos, de estrujones sentimentales, de experiencias, fracasos y de quién sabe cuantas cosas desgarradas, vuelve hacia el Sur su corazón lírico y nómada, y es tan fresco el viento de la Pampa, tan definido y sencillo el paisaje, tan cordiales las playas y tan firmes los rostros, que otra vez quiere lanzarse hasta allá en una definitiva y honda carrera de amor. Su poema es un film de recuerdos fijados casi con lágrimas en el celeste celuloide del cielo oriental. Lleno de afirmaciones vigorosas, de fervor, y de exaltación americana, tal como la entienden y aman en el Sur. ¿Acaso la realización admirable de este poema no vale mas que toda su tarea consular y sus saludos a los Embajadores y demás hipocresías a que está obligado?.

Este verso oído en tierra mexicana es la mas auténtica embajada de la inteligencia y del espíritu que el Uruguay pudo haber mandado.

Blanca Luz Brum de Parra del Riego

México, D. F. Julio del 30.

Allá en el Sur no hay sombras de tradición adusta,
polvo de ruinas, nubes que nos impidan ver
en el milagro nuevo con perspectiva justa...
¡nuestro Pasado apenas puede llamarse Ayer!

Vamos atrás dos siglos y ya no hay horizontes;
ya aparece el Charrúa que nunca tuvo hogar,
encendiendo sus fuegos de guerra por los montes,
«Vichaderos» de estrellas del Río como Mar;

Dos siglos sólo, y todo se hunde en la prehistoria;
todo lo hizo de entonces nuestra estirpe solar;
¡nuestros padres perdieron en el mar la memoria,
y el árbol genealógico también cayó en el mar!

El Río de la Plata, misericorde nido,
había oído apenas ecos de humana voz;
hasta ayer con sus olas coreaba el alarido
del flechero salvaje, desnudo como un dios...

En la página en blanco de la Pampa, los potros
gauchos fueron abriendo la Epopeya inicial
al galope; el linaje nace y finca en nosotros
los primeros del nombre luminoso y triunfal!

Tenemos realidades en vez de tradiciones;
por calor de leyendas, fuego de juventud...
¡que al fin todos los brillos de las constelaciones
no valen una estrella del Crucero del Sud!

Cuna de oro en la Pampa tuvimos; un padrino
sin rival y el más pródigo entre todos: el Sol!
el privilegio insigne de abrir nuestro camino
a filo de hacha... ¡bueno! ¿quién nos supera el rol?

Prodigio en flor que se abre donde antes fué desierto,
es el nuestro y apenas si se empieza a vivir...
¡Así se hizo la Patria, que es el balcón abierto
por donde nuestra América asoma al Porvenir!

Si es pequeña la tierra, grande es nuestra ventura
de haber nacido en ella; por pequeña, es razón
que tiendan nuestras gentes a agrandarse en altura
y en luz, ya que no hay modo de hacerlo en extensión...

En breve cuna puede nacer toda grandeza,
y la nuestra ya brinda la amplia hospitalidad
de un regazo materno donde acaba y empieza
todo; nido de gloria y ala de Eternidad!

¡Así es la Patria Chica, la hija del Mar de Oriente,
toda crinada de astros, triangulada de luz!
Por verla, es que la América de la irredenta gente
mira hacia el Sur, en cuyos cielos brilla la Cruz!

Así es de pura y diáfana; no hay sombras en su historia,
ni la más leve mengua de sus prestigios hay!
¡vivió siempre en estado de gracia con la Gloria,
cantando y combatiendo, nuestro noble Uruguay!

Para todas las razas abre su hogar fecundo,
porque no en vano tiene forma de corazón;
y es de ese hogar que se alza por las vías del Mundo
la columna de fuego de la roja Ilusión!

Ancho es el Mundo, cierto, para toda osadía,
pero con ser tan grande yo no pude encontrar
donde hacerme una patria, cuando perdí la mía...
cuando el diós enemigo me aventó por el mar!

¡En el nombre de Artigas, que Ariel sentó a su diestra!
¡por los clavos radiantes que ilustran nuestra Cruz!
¡yo juro que no hay tierra como la tierra nuestra,
cielo como su cielo, ni luz como su luz!

Se nace...

Fué ayer nomás que vino de Oriente la creadora
raza, siguiendo el rumbo del Sol al declinar;
vino, acampó en la noche, e improvisó una Aurora
con cuatro estrellas vivas de este lado del Mar...

Disputando el terruño, lusos y castellanos
confundieron su sangre casi en un rojo igual,
sangre que hoy canta en nuestros corazones hermanos;
¡la mitad fué de España, la otra de Portugal!

La buena sombra dieron al solar uruguayo,
cuatro ramas latinas del gran árbol racial,
y fué la Patria Chica como un primer ensayo
de la unánime y vasta Patria Continental!

Cuatro hermanas gloriosas eran Hadas madrinas
del Prodigio; las cuatro para la advocación
en nuestra cuna hicieron ofrendas peregrinas...
¡lo mejor de su espíritu y de su corazón!

Dió el nombre augusto, España; Francia el insigne hechizo
del Genio; Lusitania su osadía mayor;
Italia, esfuerzo y Arte; ¡y así fué que se hizo
una Patria, resumen del Universo en flor!

¡Y no por eso somos menos americanos!
¡Si América es la sombra que llevamos en pos,
el cayado latino florece en nuestras manos
como el del peregrino que había visto a Dios!

Aquí empieza la historia nueva: del tiempo oscuro
viene la estirpe; plasma toda en amanecer,
y hoy como un himno en marcha se adentra en el Futuro.
¡Nuestro Pasado apenas puede llamarse Ayer!

Pasado...

¿El Gaucho? ¡hierro y sangre! ¡sombra y luz! ¡Pampa en guerra
¿El Indio? ¡piedra y fuego! ¡rabia de Libertad!
¡montó a caballo, anduvo, y al fin echó pie a tierra
cuando acampó en la Muerte, junto a la Eternidad!

¿El Indio? ¡selva! ¡cerro de piedra en marcha! tuvo
ferocidad de patria; ¡mientras lanzó su ¡Ahú!
la formidable tribu de los silencios, no hubo
más que noche en espanto, a orillas del Guazú!

Si se libró el terruño del duro Coloniaje,
fue porque en él, el cuerpo del Indio abierto en cruz
le hizo valla; ¡en nosotros, ese instinto salvaje
y sagrado de patria, vive siempre hecho luz!

Al Indio abuelo hicimos monumento, y guardianes
de su tumba, montamos vela de armas tenaz,
a un tiempo para honrarlo y evitar que sus manes
resuciten... ¡los muertos, que descansen en paz!

Homenaje, y pesada lápida, por si acaso
las viejas sombras quieren surgir a nuevo rol
con el Pasado insomne, para cerrarle el paso
a la estirpe que lleva los hachones del Sol!

¡Ya nó el alma implacada del Indio, a campo abierto
vaga en pena de sangre, pues con nosotros va
por más claros caminos! ¡pero el Ancestro ha muerto
definitivamente, y está bien donde está!

La patria en ancas...

Vino el Gaucho, Centauro sin miedo a Dios ni al hombre;
amotinada Pampa contra el León español;
de las manos del Indio, que apenas tuvo un nombre,
armó las boleadoras y le echó lazo al Sol!

¡Es el Gaucho que trajo la Libertad, en ancas
de sus baguales épicos, pues la Revolución
tuvo en las montoneras sus visiones más francas,
y al fin sus lanzas fueron que armaron pabellón!

Nubes de polvo, al alba, trajo la Montonera
que era selva de lanzas en el viento veloz;
¡la selva es taciturna, pero cuando habla, altera
el ritmo de los tiempos con su tremenda voz!

Raptó a la Patria el Gaucho, amador de romances,
arrancándola al lujo del patrón portugués,
inglés y castellano, y en homéricos lances
con ella anduvo en ancas, hasta un siglo después!

Se abrió cancha en la Gloria la chusma tupamara,
y cuando se detuvo, nube en el arrebol,
fué que en una media luna de su lanza tacuara
ya venía ensartado el corazón del Sol!

¡Así el amor del Gaucho con la Patria, enancada
en su bagual de guerra! y al fin frenó el tropel,
para entregarla libre, y un poco lastimada
de tanto andar a monte y a epopeya con él!

¡No tuvo tiempo acaso con el diario entrevero,
de amarla suavemente como se debe amar;
¡la tuvo a furia y garras su Patria Gaucha, pero
en todo campo le hizo prez de noble solar!

Sólo en las noches nuestras que dan sopor de nidos,
la guitarra decía su alma junto al fogón
sus floridas tristezas en decires floridos...
¡la guitarra que es gaucha, cuerdas de corazón!

Cuando era tregua de odios cantaba su ternura
de patria, con donaires al uso payador,
como de día el hierro de su lanza segura
le cantaba otro canto de otro mas rojo amor!

Nosotros...

...¡y nosotros curamos sus heridas; pusimos
astros sobre sus trenzas; adornamos su hogar...
¡pero las lanzas quedan, y los viejos racimos
de sangre, siguen dando vino en nuestro lagar!

¡Las lanzas no enmohecen! ¡en luz las afilamos,
y son las astas que izan nuestro pendón de paz,
o pararrayos de odios! ¡y es con ellas que estamos
junto al bronce de Artigas agrupados en haz!

En nuestro cuerpo a cuerpo con la Vida y la Muerte,
ninguna lanza gaucha pierde el brillo oriental;
¡porque no cansa el hierro cuando la mano es fuerte,
y aún la que rota queda, nos sirve de puñal!

¡Hoy estamos nosotros para enflorar el rudo
romance de la Patria sin sombra, al grande rol!
¡y hemos jurado el himno sobre el sangrante escudo
para que nadie insulte a la imagen del Sol!

Llevamos en la sangre la divisa de Artigas:
«Con libertad, ni ofendo ni temo»; ¿dónde está
un mas preclaro lema? ¡nos costó las fatigas
de un siglo, pero vence y es juramento ya!

La gentileza gaucha no pregunta al que viene,
a qué viene, y de dónde; siempre el pueblo feliz
es generoso, y presta patria a quien no la tiene,
y tierra al sueño nómade que quiera echar raíz!

¡Somos de Europa tanto como es del Asia, Europa;
la simiente es lo menos; lo que vale es la flor
que dá fruto en el árbol; ¡nuestro el vino y la copa!
¡y si la cepa es buena, el injerto es mejor!

Somos, y a mucha honra, los hijos de emigrantes,
los que su sangre echaron al surco que abrió en cruz
la vieja espada; sobre las rojas huellas de antes
nace ahora el buen trigo que dá su pan de luz!

Del Oriente venimos y ya somos Oriente,
y no hay alba en el mundo que no nos toque ver
los primeros; el alma de toda nuestra gente
como el mármol del Mito, vibra de amanecer!

Venimos de mil razas, para pelear parejo
mano a mano, con toda la rabia de vivir,
en la pugna de gentes; ¡ya se ve en nuestro espejo
que hace luz de sus mismas sombras, el Porvenir!

¡Prole que dió la insigne Loba de las mil vidas
al León que es de España, la buena, y al jaguar
que es de América! ¡estamos en las sendas floridas,
y el Sol, el Inca abuelo, nos aviva el hogar!

¡Allá en la Patria tiene la Libertad un nombre
preciso, y en nosotros su voz suena cabal,
y no habla nunca en vano, porque a memoria de hombre
siempre en carne de déspota hizo vaina el puñal!

Allá en la Patria justa se vive para siembra,
y en la siembra se muere! ¡siendo nuestra mujer

flor de audacia y de genio, si el macho tiene a la hembra
algo mas que hombres, nuestros hombres tendrán que ser!

¡Pequeña y grande Patria! ¡fué primero una estrella
que Dios miniaba, y tuvo que dejarla caer
de sus manos cansadas! ¡y hoy estamos con Ella
trabajando el diamante que es la estrella de ayer!

¡Patria que ya en presente conjuga su futuro!
¡nosotros la tallamos su grande pequeñez,
para que su brillante del oriente más puro
engarce en bellas albas que aún están en niñez!

Trabajamos...

¡Es allá donde puede trabajarse cantando,
pues la siembra es cosecha de un día para dos...
y hasta el mismo silencio tiene sonoro mando
bajo los claros aires empapados de Dios!

¡Ya cumple su milagro la Pampa de Granito
del Maestro, y se pone bajo el ala de Ariel,
porque el Sol apiadado del Sembrador proscrito
hace que el mar y el viento puedan llorar por él!

Limo de razas dejan las mareas del Mundo
en nuestras playas; ¡limo de odio en tierra de amor!
¡todo lo purifica la Patria en su profundo
corazón, que la misma piedra le hace dar flor!

¡De roca viva es hecho nuestro indemne terruño!
¡arenas de alma es todo lo que nos trae el Mar,
que en oro se convierte, donde imprime su cuño
la Patria, con su imagen de luz plenisolar!

¡Tanto arraigo, que apenas si siente el forastero
cuando el alma le gana la Patria y en hogar
transforma su hospedaje!... ¡si hasta en nombre extranjero
jura por nuestro Artigas, que ya es mucho jurar!

¡Tanta atracción, que al modo de las azules naves
que navegan en cuentos, las que a la Patria van
pierden la luz y el hierro de abordo, con las llaves
de la Esperanza mientras las acerca el Imán!

Sin altos y sin saltos, las mareas de gentes
nuestras, suben y avanzan; en ellas tal fulgor
hay, como semilleros de estrellas y de Orientes...
¡nuestras mareas de almas que hincha un continuo albor!

¡Sin altos y sin saltos, se anda siempre en la Vida,
que al fin es cosa seria y ardua entre las demás...
¡Allá en la Patria, todos los senderos son de ida,
y en piedra se convierte quien quiere echarse atrás!

Hablamos...

Cuando habla nuestro Oriente, con su voz se concierta
el unánime coro: la argentina canción
que es de casa; el hermano guaraní siempre alerta,
y el Gigante del Trópico oye en su corazón!

Las nieblas magallánicas que hacen poncho a los cielos
del austro; el antillano del alto nombre en Dios,
donde saltando cumbres vino a frenar sus vuelos
el corcel de Bolívar... ¡bien conocen la Voz!

Pasa los Andes como los Capitanes nuestros
fueron, Garzón y Alegre, con el Gran Capitán
del Sur; y Arauco indómito hace junta de ancestros,
¡y Zapicán se pone junto a Caupolicán!

Pasa la Voz a tierra sagrada de Incas, y halla
sus ecos, como el grito de Tupac Amarú
lo recogió el Pampero, sacudiendo en sú valla
de rocas, los oleajes del Paraná Guazú!

¡Era el primer albazo del Inca Sol, cautivo
en las garras de España, que ya podía alzar
las mareas de América al Futuro, en el vivo
corazón de la Estirpe, que es nuestro Río-Mar!

¿Qué más dá si a Castilla la nueva voz no alcanza,
o no entiende por vieja y sorda? ¿qué más dá?
¡Castilla es el Recuerdo, pero no la Esperanza,
que la Esperanza es nuestra y en nuestra mano está!

¡Hablamos lengua que hablan nuestras cosas en fiesta!
¿que esto no es castellano, del puro? ¡bueno, ¿y qué?
¡el castellano duerme con Cervantes su siesta!
de tres siglos! ¡nosotros, somos la Raza en pie!

¡Nos nacieron de entonces mil estrellas, que España
no vé, ni sabe como las nombramos; por ser
nuestros, los nombres suenan a Pampa y a montaña,
y a Mar Grande, y no «como decíamos ayer...»

¡Hablamos lengua nuestra, con la que nos saluda
y dá los buenos días a uso gaucho, el zorzal!
¡no hay Mancha en nuestros pagos, donde se siembra y suda
y canta al Sol! ¡Las sombras no pasan el umbral!

¡Cada quién a lo suyo, que la querencia es ancho
nido, y nos sobran alas, y si vamos a ver
más dice una versada de las del viejo Pancho,
que todo ese castizo ceceo, en gay saber!

Si en el fraterno pacto nos entendemos, basta;
y sobre aquel quede fuera, con los demás...
¡Si para tanto orgullo, Castilla nos dio el asta,
la bandera la izamos nosotros! ¡nadie más!

¡Ni España, ni otra sombra que nos ponga tutela!
¡Si al Norte, afila el Lobo fulvo que aulla inglés
dientes de hierro y oro, ya forja el Sur en vela
el arma que le rompa las fauces de una vez!

¡Ningún poder humano, ni sobrehumano, lleva
a remolque en el Tiempo, nuestra continental
constelación de auroras! ¡somos la Buena Nueva,
un mundo que mañana será el Mundo integral!

Realizamos...

¡Allá en el Sur, el Tiempo trabaja bien y aprisa
con nosotros; martillo, libertaria segur...
y en el dar a las gentes la visión más precisa;
¡no hay vendas de leyendas sin Sol... allá en el Sur!

¡Allá en el Sur, a todo tiempo y hora, es aurora!
¡las Pampas como el Río y el Mar, saben su rol,
que es el de hacer estrellas para la errante prora,
y ser de tanta alquimia de razas, el crisol!

¡Se oye el pulso del mundo nuevo, por día y noche!
¡se empapa de olor de albas, el aire tornasol!
¡para exaltar la gloria de vivir sin reproche,
allá todas las alas son alondras del Sol!

¡Allá en el Sur, la Vida gana todas las sendas,
y se anda siempre y nadie queda en rezago, allá!
¡apenas tienen tiempo de cuajar las leyendas
que las flores del día son del Recuerdo, ya!

Dicen que es nuestra tierra la que cuajó primero
en vida, de la informe nebulosa inicial...
¡talvez por eso acendra tanta luz el Crucero
sobre sus horizontes del azul sin igual!

¡Nuestro Uruguay mantiene su iguala con la Gloria!
¡con mil voces distintas nombra al Amanecer!
¡ya tiene mayorazgo sobre la nueva Historia,
y las cosas más grandes ya se están por hacer!

¡Le hicimos puerto al Tiempo sin ruta: armamos tienda
en el confín del mundo, y el mundo tuvo que
rehacer los viejos mapas!... ¡si se alarga la senda,
es que el Faro es seguro, y a bordo hay buena fe!

Nos puso el Azar, lejos de las vías maestras
trilladas por los siglos en las rutas del Mar,
y hemos desviado rumbos hacia las playas nuestras
hasta hacer que el Destino nos viniese a buscar!

¡Nó a la Suerte debemos privilegiada plaza!
¡si hacia el Sur pone proa la Vida, es porque allá
encuentra el reservorio de nuestra púgil raza,
y el mundo sin nosotros, no se concibe ya!

Fuimos Colonia, apenas por un siglo, y no pudo
marcarnos con sus hierros de infamia; nuestro albur
es todo de la Aurora, porque el Sol hace escudo
al Milagro que cumple la Estirpe... ¡Allá en el Sur!

. . . .

¡Tanto es la Patria Chica de generosa y grande!
¡pero si así no fuera, como es y debe ser,
culpa nuestra sería! ¡Que el Sol nos lo demande
con las gentes del otro más rojo amanecer!

Angel Falco

(Publicado en ocasión del Centenario. Julio de 1930.

México, 1928

Bolívar y Martí

A propósito del centenario de la muerte del gran Libertador

=De *Social*. La Habana=

El diez y siete de diciembre del año actual se cumplirán cien años del día en que muriera, allá en la Quinta de San Pedro Alejandrino, a tres leguas de Santa Marta, en la República de Colombia, el hombre extraordinario y genial al que América reconoce como al más grande de sus libertadores y el más esclarecido de sus guerreros, cuya figura, de múltiples facetas, se destaca más precisa y más deslumbrante ante los ojos de la mayoría por sus hazañas guerreras, las que saliéndose del marco de los hechos reales, aparecen aureoladas con los vivos resplandores de la epopeya y la leyenda.

Pero si Bolívar es bien juzgado como el Libertador por antonomasia de este Continente, pródiga tierra de inmensos libertadores, y su genio militar no se oscurece al comparar su hoja de servicios con la de los más preclaros generalísimos de todos los tiempos, no es menos genial y extraordinario el Bolívar estadista, diplomático, internacionalista y legislador; y tampoco desmerece su gloria, sino que se acrecienta y se hace más brillante, en el Bolívar pensador, escritor, orador; y su fama se desborda para regar todo el Continente si contemplamos al Bolívar apóstol incansable de la libertad y de la justicia para los hombres y para los pueblos.

¿Cómo va a celebrar América esa gloriosa efemérides?

En varios países Sud Americanos y principalmente en aquellos como Bolivia, Colombia, Ecuador, Panamá, Perú y Vezuela, más íntimamente ligados al nombre y a la obra del gran Libertador, se proyecta rememorar el primer centenario de su muerte con solemnes actos oficiales organizados por los respectivos gobiernos y las corporaciones y sociedades que de ellos dependen.

Pero tanto en esos como en los demás países de América no se unirán a fiestas semejantes los hispanoamericanos que celosos y conscientes de la obra de Bolívar consideran que es burla y escarnio el que le tributen homenaje muchos gobiernos actuales de nuestra América, dictaduras declaradas o vergonzantes, que por la fuerza o la audacia ocupan el poder, de espaldas a los pueblos y con desprecio de los altos principios de justicia y libertad que llevaron a Bolívar a realizar su grandiosa obra emancipadora.

Los que en América de veras sintamos y profesemos los ideales bolivarianos tenemos que permanecer alejados de los irrespetuosos homenajes que le han de rendir al Gran Libertador a fines de este año aquellos gobiernos hispanoamericanos que por sus normas y procedimientos políticos constituyen la antítesis y la negación de la ideología de Bolívar.

Ya en México se prepara a adoptar esta actitud un grupo de prestigiosos intelectuales, entre los que figuran Rafael Heliodoro Valle, Carlos Pellicer, Antenor Sala, Alfonso Taracera, Humberto Tejera, Camilo Carrancá Trujillo, Vicente Lombardo Toledano.

En Cuba, por causas análogas, de todos conocidas, debemos reunirnos los intelectuales cubanos que de mantener una pura ideología bolivariana nos preciemos, para conmemorar, aisladamente de todo acto oficial, el centenario de la muerte de Bolívar. Y la mejor conmemoración sería el recuerdo de aquellos principios, máximas y doctrinas que constituyen base y fundamento de su obra política y de los cuales más apartados se encuentran muchos gobiernos de nuestro Continente.

De acuerdo con esa sugestión que me permito hacer a mis amigos y compañeros que sé han de estar identificados con estas ideas y actitud, voy a glosar brevemente algunos conceptos fundamentales, diseminados a través de sus cartas, discursos, proclamas y manifiestos, del Gran Libertador.

Y aunque hablar de Bolívar es atrevimiento y osadía imperdonables en un tan pobre escritor como yo, y en unos tan mezquinos tiempos como los actuales, iré hasta Bolívar, de la mano de nuestro Martí, su continuador en ideales y en apostolado, su hermano en genio y en gloria.

Y aunque Martí dijo que de Bolívar sólo se puede hablar «con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojo de pueblos libres en el puño y la tiranía descabezada a los pies», juzga que cuanto de Bolívar se diga estará bien, «aún lo excesivo», cuando los labios que lo digan sean los de «los hijos de su espada». Y ¿cuáles pueden ser éstos que los que hayan aprendido en él, y en el propio Martí, el culto férvido por la libertad y por la justicia, por el decoro del hombre, por la dignidad de los pueblos?

Y hablándoles de decoro y dignidad, prepara Martí a los niños—y a los hombres—antes de pintarles la figura de Bolívar, enseñándoles, así, que decoro y dignidad son necesarios—a niños y a hombres—para comprender, admirar y querer a Bolívar.

Libertad—dice en su maravilloso artículo inicial de *La Edad de Oro*—«es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y hablar sin hipocresía»; pero este derecho es también deber, deber tan imperativo, que «un hombre que oculta lo que piensa, o no se atreve a decir lo que piensa no es un hombre honrado», siendo en vano que se alegue para justificar esa abstención, fuerza mayor ejercida por quienes tengan en su mano el poder, la fuerza, como acontecía cuando surgió Bolívar. Entonces—dice Martí—«en América no se podía ser honrado, ni pensar ni hablar». ¡Pobres hombres los que a esa triste condición se ven sometidos! ¡Pero despreciables también! Porque, para nuestro Apóstol, «un hombre que obedece a un mal gobierno, sin trabajar para que el gobierno sea bueno, no es un hombre honrado» y «un hombre que se conforma con obedecer a leyes injustas, y permite que pisen el país en que nació, los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado». Y, dirigiéndose a los niños, especialmente, pero para que lo oigan también los hombres, les dice: «el niño que no piensa en lo que sucede a su alrededor, y se contenta con vivir sin saber si vive honradamente, es como un hombre que vive del trabajo de un bribón, y está en camino de ser bribón». Y lo esclarece e ilustra con estos ejemplos: «Hay hombres que son peores que las bestias, porque las bestias necesitan ser libres para vivir dichosas: el elefante no quiere tener hijos cuando vive preso; la llama del Perú se echa en la tierra y se muere, cuando el indio le habla con rudeza, o le pone más carga de la que puede soportar. El hombre debe ser, por lo menos, tan decoroso como el elefante y como la llama».

¿Cuáles son la gloria y la significación extraordinarias que en la humanidad tienen los libertadores de pueblos, Bolívar, San Martín, Hidalgo, los «tres héroes» del artículo de Martí que estoy glosando? ¿Cuáles son la gloria y la significación extraordinarias de Martí en la historia de nuestra patria?

Hablando de aquellos tres héroes, Martí nos lo dirá. Fueron grandes y fueron sagrados, porque ellos no eran de los hombres «que viven contentos aunque vivan sin decoro», sino por el contrario, «de los que padecen como en agonía cuando ven que los hombres viven sin decoro a su alrededor». Habiendo entonces muchos hombres sin decoro, esos tres héroes tuvieron en sí «el decoro de muchos hombres». Y porque lo tenían acometieron y realizaron su magna empresa libertadora.

Bolívar, San Martín, Hidalgo... llevaban en sí «la dignidad humana», con ellos iban «miles de hombres», iba «un pueblo entero».

Son los Libertadores, los hombres sagrados «que se rebelan con fuerza terrible contra los que le roban a los pueblos su libertad que es robarles a los hombres su decoro».

Así fué Bolívar. Y así, también, nuestro Martí.

Decoro y libertad, para sí y para su pueblo, buscaron siempre Bolívar y Martí, y los buscaron incansablemente, aun cuando su pueblo se cansaba.

De Martí los cubanos van sabiendo ya lo que luchó por la libertad de su patria y de lo vigilante que fué del decoro de su pueblo y de su propio decoro. De Bolívar conocemos muy poco, no obstante haber estado su pensamiento fijo en la suerte y el porvenir de Cuba, y su brazo armado y dispuesto ya para pelear por nuestra libertad.

No está demás, pues, que recordemos algunas hazañas libertarias de Bolívar. No de las guerreras, deslumbrantes, sino de las cívicas, más calladas, pero más necesarias de recordar en nuestros tiempos, por el ejemplo y por la enseñanza aprovechables que nos ofrecen.

Celosamente cuidó Bolívar de que el prestigio de su nombre y la gloria de

su vida no se mancharan; y no se dejó adormecer por el letal incienso de aduladores interesados en su particular beneficio, que no en el bien de la patria.

En 1826 Bolívar recibe reiterados ofrecimientos y tentadoras insinuaciones para que «en bien de su pueblo que lo necesitaba», continuara indifinidamente en el poder y se hiciera coronar. Bolívar desprecia una y otra vez la corona que le ofrecen. Ese proyecto, declara a su amigo Briaño Méndez, «va a arruinar mi crédito y manchar eternamente mi reputación»; y manifiesta al General Santander, Paesidente de Colombia, refiriéndose a los proyectos monárquicos de Paez, que los califica de «plan fatal, de absurdo y poco glorioso», que «me ofende más que todas las injurias de mis enemigos, pues él me supone de una ambición vulgar y de una alma infame capaz de igualarse a la de Iturbide y esos otros miserables usurpadores. Según esos señores—agrega—nadie puede ser grande sinoa la manera de Alejandro, César y Napoleón.

«Yo quiero superarlos a todos en desprendimiento ya que no puedo igularlos en hazañas». No quiere ser ni rey ni tirano, ni dictador. Ello, dice: «nos deshonraría delante del mundo y de la historia; nos atraería el odio de los liberales y el desprecio de los tiranos: plan que me horroriza por principios, por prudencia, por orgullo».

Y al contestarle directamente al General Páez, rechazando por completo sus ofrecimientos, porque, dice, «el título de Libertador es superior a cuanto ha recibido el orgullo humano: me es imposible degradarlo», le envía en cambio su proyecto de Constitución, indicándole que sólo por la soberanía popular y la alternabilidad en el Gobierno es que puede buscarse solución adecuada para los conflictos nacionales americanos.

Si cuidadoso guardián fué, así Bolívar, de su decoro, no fué menos celoso mantenedor de la liberrad y soberanía populares. En proclamas dirigidas a los venezolanos y a los colombianos, ese mismo año de 1826, hace públicas y reiteradas protestas de defender y respetar la libertad y la soberanía del pneblo. »Os ofrezco solemnemente, dice el 16 de diciembre, a los primeros, llamar al pueblo para que delibere con calma sobre su bienestar y su propia soberanía. Muy pronto, este año mismo, seréis consultados para que digáis cuándo, dónde y en qué términos queréis celebrar la gran Convención nacional. Allí el pueblo ejercerá libremente su omnipotencia, allí decretará sus leyes fundamentales. Tan sólo él conoce su bien y es dueño de su suerte; pero no un poderoso ni un partido ni una facción. Nadie sino la mayoría es soberana. Es un tirano el que se pone en lugar del pueblo; y su potestad, usurpación». Al asumir el nuevo Gobierno, le dice a los colombianos, en 27 de agosto de 1828, que sólo ha aceptado el poder, porque el pueblo, «usando desde luego de la plenitud de su soberanía, proveyó por sí mismo a su seguridad futura», y les reitera el respetar desde el poder la libertad, exclamando: «¡Compadescámonos mutuamente del pueblo que obedece y del hombre que manda solo!»

Bolívar mantuvo siempre estos altos ideales políticos. Su pensamiento como estadista y su sentimiento como demócrata, los desenvolvió ampliamente, años antes, en el discurso admirable en el Congreso de Angostura, de 1819. Allí declaró solemnemente: «La continuación de la autoridad en un mismo individuo, frecuentemente ha sido el término de los gobiernos democráticos. Las repetidas elecciones son esenciales en los sistemas populares, porque nada es tan peligroso como dejar permaner largo tiempo en un mismo ciudadano el poder. El pueblo se acostumbra a obedecer y él se acostumbra a mandarlo, de donde se originan la usurpación y la tiranía. Un justo celo es la garantía de la libertad republicana, y nuestros ciudadanos deben temer con sobrada justicia que el mismo magistrado que los ha mandado mucho tiempo los mande perpetuamente». Y termina su famosísima alocución pidiéndole a los legisladores, por el pueblo elegidos: «Dignaos conceder a Venezuela un gobierno eminentemente popular, eminentemente justo, eminentemente moral, que encadene la opresión, la anarquía y la culpa. Un gobierno que haga reinar la inocencia, la humanidad y la paz. Un gobierno que haga triunfar bajo el imperio de leyes inexorables la igualda y la libertad».

Pronunciadas o escritas todas esas palabras hace más de un siglo, parecen, más bien, consejos, advertencias y admoniciones lanzados en nuestros días para prevenir o censurar a muchos hombres y pueblos de América, sus errores, sus vicios, sus caídadas, sus retrocesos. Y creemos contemplar, entonces, como Martí lo contempló, a Bolívar, «En el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies». Y pensamos entonces, con Martí, que Bolívar «¡tiene que hacer en América todavía».

Roig de Leuchsenring

Mariano Latorre...

(Viene de la Pág. 120)

Sus libros no aspiran a ser un canto lírico, ni siquiera un libre comentario de la vida chilena. Son más bien un fiel espejo de la naturaleza contenida entre la montaña y el mar, el desierto tórrido del Norte y las frías estepas e islas del Sur. Pedirle más sería una crueldad innecesaria. Negarle su mérito, injusticia evidente.

Raúl Silva Castro

Santiago de Chile. 1930.

Bibliografía titular...

(Viene de la página 121)

...Desde aquella visita que mi devoción quiso hacer al recuerdo de los eximios filólogos alemanes, he trasoñado mucho con el afán de reconstruir y enaltecer en España alguna piececilla rústica de nuestro acerbo narrativo, sin abandonar el propósito de seguir trabajando en esta maravillosa cantera nacional y ofrecer al público de mi raza otros volúmenes de castizos cuentos españoles.

De los autores:

Manuel Rosales: *Andar, siempre andar.* Drama en dos actos. Teatro nicaragüense. Managua. 1930.

Carlos Arturo Caparroso *Vitrina.* Editorial Minerva. MCMXXX. Bogotá.

Señas del poeta: Aptdo. 1826. Bogotá. Colombia.

F. Guillén Salaya: *Cartones de Castilla* Biblioteca de *Atlántico.* Madrid. Larra, 13. 1930.

A propósito de Kierkegaard:

En el mismo año (1847) apareció aún *La vida y el imperio del amor*, una de sus mejores obras puramente religiosas. *Cita de Harold Höffding.*

Prescindiendo totalmente de su resultado, tienen los escritos polémicos de Kierkegaard un interés permanente, tanto como puedan tenerlo los *Diálogos* de Platón y las *Cartas provinciales* de Pascal. *Cita de Harold Höffding.*

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.
Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

Cervecería, Refresquería, Oficinas, Planta eléctrica, Taller mecánico, Establo

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

FABRICA:

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

Imp. Alsina (Sauter, Arias & C°.) San José, Costa Rica